

BIBLIOTE-
CA LITERA-
RIA DEL ES-
TUDIANTE

XV

TEATRO ANTE-
RIOR A
LOPE
DE
VEGA



JAE

231

JUNTA PARA AMPLIACION
DE ESTUDIOS
INSTITUTO ESCUELA

BIBLIOTECA LITERARIA DEL
ESTUDIANTE XV

TEATRO ANTERIOR
A LOPE DE VEGA



JAE
231

860-2 "14/15"

TEATRO ANTERIOR
A LOPE DE VEGA

628672 (000001)

BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE
DIRIGIDA POR RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

TOMO XV

TEATRO ANTERIOR A LOPE DE VEGA

SELECCION HECHA POR
J. R. LOMBA Y PEDRAJA

Dibujos de F. Ma. c.

MADRID, MCMXXIV

INSTITUTO - ESCUELA
JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS

R:4283



JUAN DEL ENCINA

EGLOGA representada la misma noche de Antruejo o Carnestolendas; adonde se introducen los pastores, llamados BENEITO y BRAS, LLORIENTE y PEDRUELO. Y primero BENEITO entró en la sala adonde el Duque y Duquesa [de Alba], estaban, y tendido en el suelo, de gran reposo comenzó a cenar; y luego BRAS, que ya había cenado, entró diciendo: "*Carnal fuera*"; mas importunado de BENEITO, tornó otra vez a cenar con él, y estando cenando y razonándose sobre la venida de Cuaresma, entraron LLORIENTE y PEDRUELO, y todos cuatro juntamente, comiendo y cantando con mucho placer, dieron fin a su festejar.

BRAS. ¡Carnal fuera! ¡Carnal fuera!

BENEITO. Espera, espera,
que aún no estoy repantigado.

BRAS. ¡Ya estoy ancho, Dios loado!

BENEITO. Aún somera
tengo mi gorgomillera.

BRAS. Hideperra, ¡quién pudiera
comer más!

BENEITO. Siéntate, siéntate, Bras;
come un bocado siquiera.

- BRAS. No me cumpre, juro a mí;
ya comí
tanto, que ya estoy tan ancho
que se me rehincha el pancho.
- BENEITO. Sienta tí.
- BRAS. Pues me acusas, heme aquí.
¿Qué tienes de comer? Di.
- BENEITO. Buen tocino,
y aqueste barril con vino
del mejor que nunca vi.
- BRAS. Pues daca, daca, comamos
y bebamos.
Muera gata y muera harta.
Aparta, Beneito, aparta,
que quepamos
por que bien nos estendamos.
- BENEITO. Estiéndete, Bras, y hayamos
gran solaz,
hoy qu'es san Gorgomellaz,
que así hacen nuestros amos.
- BRAS. Nuestros amos ya han cenado
bien chapado.
- BENEITO. Y aun hasta traque restraque.
- BRAS. Quien me diese agora un baque,
¡mal pecado!,
diésemme por reventado.
- BENEITO. Calca, calca buen bocado.
- BRAS. No me cabe.
- BENEITO. ¡Hideperra, y cómo sabe

esto que está collarado!

Come, come, come, come;

no nos tome

la Cuaresma rellanados.

Harvemos estos bocados.

BRAS. Aunque asome,
no temo que me desllome.

BENEITO. Mía fe, Bras, a mí espantóme
de tal suerte,
que, aunque cenemos muy huerte,
júrote que ella nos dome.

BRAS. ¿Adónde la viste estar?

BENEITO. Vila andar
allá por esas aradas
tras el Carnal a porradas,
por le echar
de todo nuestro lugar.
Vieras, vieras asomar
por los cerros
tanta batalla de puerros,
que no lo sé percontar.

Y asomó por otra parte
el estandarte
del hermandad y hortaliza,
diciendo a la longaniza:
“¡Guarte, guarte,
tiempo es ya de confesarte!”
Desmayaron de tal arte
los buñuelos,

que pegaron con sus duelos
las gentes de papillarte.

Fué la sardina delante,
rutilante,
y al tocino arremetió;
y un batricajo le dió
tan cascante,
que no sé quién no se espante.
Domóle tan perpujante
sus porfias,
que en estos cuarenta días
yo dudo qu'el se levante.

Vieras los ajos guerreros,
con morteros
huertemente encasquetados,
saltando por esos prados
muy ligeros
con lanzas y majaderos;
los gallos por los oteros
muy corridos,
cansados, muertos, heridos
a poder de cañaveros.

Las cebollas enristraron
y asomaron
por ensomo de aquel teso;
los huevos, mandega y queso
no pararon,
que soncas llugo botaron,
y al Carnal triste dejaron.

- En revuelta
va huyendo a rienda suelta ;
hasta agora pelearon.
- BRAS. ; Oh cuán crudo pelear !
Gran pesar
me pone con su venida
la Cuaresma dolorida.
- BENEITO. Sin dudar
ya se viene a más andar ;
no puede mucho tardar
que no venga.
- BRAS. Lloriente y el hi de Menga
veo por allí asomar.
- BENEITO. ¿ Carean de cara acá ?
- BRAS. Mía fe. ; Há !
- BENEITO. Dales muy huertes apitos,
que los aturries gritos.
- BRAS. Bien será.
; Andá, zagales, andá !
- LLOR. ¿ Queréis que vamos allá ?
- BRAS. Mía fe, sí.
- BENEITO. Aballá, aballá, vení,
que para todos habrá.
- LLOR. Pedruelo, d'acá aballemos,
tomaremos
un rato de gasajado ;
que toste toste priado
volveremos,
porque nos desenhademos.

- PEDRUEL. Vamos presto, no tardemos,
que yo llevo
un tarro de leche nuevo
para que la sopetemos.
- LLOR. Gañanes, buena pro haga.
- PEDRUEL. A Dios praga.
;Cómo coméis a remanso!
- BRAS. Queremos tomar descanso,
pues nos vaga;
que después todo se paga.
- LLOR. Gran laceria nos amaga,
soncas, cras.
- BENEITO. Diles que se sienten, Bras.
- BRAS. Gentecilla es que bien traga.
Sentaivos aquí, garzones
papillones;
aguzá los pasapanes.
- LLOR. Si, que no somos gañanes
comilones,
ni tampoco beberrones.
- BRAS. Hidesperras mamillones,
no dejáis
cabra que no la mamáis.
- PEDRUEL. ¡Si habrasen los zurrónes!
- BENEITO. ¿Qué traes en el zurrón?
Di, garzón.
- PEDRUEL. Trayo un buen tarro de leche
para que nos aproveche.
- BRAS. ¡Ah, mamón!

- De las cabras es de Antón.
- PEDRUEL. ¡Soncas! Yo no soy ladrón;
muy mal habras.
Aun yo sí que tengo cabras,
magüer que tantas no son.
- BENEITO. Daca acá, Pedruelo, daca,
saca, saca;
comamos a muerde y sorbe,
y uno a otto no se estorbe.
- BRAS. Si es de vaca,
es perdañosa y bellaca.
- BENEITO. Bien sabe, si no es muy fraca,
la vacuna.
- PEDRUEL. Yo os la daré cabretuna,
y habéis de sorber a estaca.
Sorbe, sorbe tú primero,
Bras cabrero.
¡Cómo sorbes descortés!
- BRAS. Sorba Beneito después,
qu'es vaquero,
y dis Lloriente ovejero.
- PEDRUEL. Yo quiero ser el postrero,
por sorber
huertemente a mi pracer,
pues que yo traje el apero.
- LLOR. Beneito, pues sos humano,
sorbé llano.
- PEDRUEL. ¡Hideperra, y cómo sorbes!
- BENEITO. Calla, calla, no me estorbes

a mi mano ;
no me habres tan temprano.
LLOR. Daca acá, Beneito hermano,
sorberé ;
que llugo se lo daré
a Pedruelo bueno y sano.

FIN

BENEITO. Límpiате primero el moco.
Sorbe poco,
que quede para Pedruelo.
LLOR. Calla tú ; que yo, mozuelo,
no soy loco,
que muy cortésmente emboco.
PEDRUEL. ¡ Mira cómo yo le toco
sin sollar !
Y mía fe, sus, a cantar,
y verás cómo le froco.

VILLANCICO

Hoy comamos y bebamos
y cantemos y holguemos,
que mañana ayunaremos.
Por honra de Sant Antruejo
parémonos hoy bien anchos,
embutamos estos panchos,
recalquemos el pellejo.

Que costumbre es de concejo
que todos hoy nos hartemos,
que mañana ayunaremos.

Honremos a tan buen santo,
porque en hambre nos acorra ;
comamos a calca porra,
que mañana hay gran quebranto.
Comamos, bebamos tanto
hasta que nos reventemos,
que mañana ayunaremos.

Bebe, Bras ; más tú, Beneito ;
beba Pedruelo y Lloriente ;
bebe tú primeramente ;
quitarnos has dese preito.
En beber bien me deleito ;
daca, daca, beberemos,
que mañana ayunaremos.

FIN

Tomemos hoy gasajado,
que mañana vien la muerte ;
bebamos, comamos huerte ;
vámonos carra el ganado.
No perderemos bocado,
que comiendo nos iremos,
y mañana ayunaremos.



EGLOGA trovada por Juan del Enzina, representada la noche de Navidad: en la cual a cuatro pastores, JUAN, MIGUELLEJO, RODRIGACHO e ANTÓN llamados, que sobre los infortunios de las grandes lluvias e la muerte de un sacristán se razonaban, un ANGEL aparece; e el nacimiento del Salvador les anunciando, ellos con diversos dones a su visitación se aparejan.

- JUAN. ; Miguellejo, ven acá!
Por vida de Marinilla,
que esta noche, qu'es vegilla,
gran pracer acudirá.
- MIGUELL. Anda allá,
; gasajémonos un cacho!
Llamemos a Rodrigacho
que también llugo verná.
- JUAN. Rodrigacho, ¿dónde estás?
- RODRIG. Aquí estoy tras las barrancas.
- JUAN. Llugo, llugo te abarrancas
encovado allá detrás.
Ven, verás,
haremos dos mill quellotros.
- RODRIG. Mas andad acá vosotros
e soncas seremos más.
- JUAN. Eh, ¿quién está'llá contigo?
- RODRIG. No vo lo quiero decir.

- Vení, si queréis venir,
ternéis lumbre e buen abrigo.
- JUAN. ¡Digo, digo!
Dome a Dios qu'está'llá Antón.
¡Oh del gran acertajón!
Vamos allá, mia fe, amigo.
En buen hora estéis, zagales.
- RODRIG. E en tal vosotros vengáis.
- MIGUELL. A gran abrigada estáis.
- ANTÓN. Para en tales temporales.
- RODRIG. Estos males
así se han de perpasar.
Hora sus, sus, a sentar
tras aquestos barrancales.
- ANTÓN. Estamos bien abrigados.
- JUAN. Dejarnos heis calecer.
- RODRIG. Todos podemos caber
a la lumbre rodëados.
- MIGUELL. De ganados
poco cuidado se os pega.
- ANTÓN. Más vale estar, Dios to prega,
al fuego carrapuchados.
- RODRIG. Cuido que con más cuidado
deben estar nuestros amos.
- JUAN. Pensarán ellos que estamos
pastorëando el ganado.
¡Ay, cuitado,
qu'el mundo se pierde todo!
- ANTÓN. Todos estamos con llodo,

- no hay ninguno bien librado.
- MIGUELL. Noche es esta de pracer.
¡Callá, tomemos gasajo!
- JUAN. Hogaño Dios a destajo
tiene tomado el llover.
- RODRIG. A mi ver,
correncia tienen los cielos.
- MIGUELL. Asmo, si no acuden yelos,
todo habrá de perescer.
- RODRIG. Dí tú, que vienes de villa,
¿hobo gran tormenta allá?
- JUAN. Dos mill veces más que acá:
tanto, que no sé decilla
de mancilla.
- ANTÓN. ¿Iba el río muy perhundo?
- JUAN. Nunca tal se vió en el mundo.
- RODRIG. ¡Oh qué huerte maravilla!
- ANTÓN. Por tu salud que lo cuentes.
- JUAN. Tú contar no me lo mandes:
con los andiluvios grandes
ni quedan vados ni puentes,
e a las gentes
reclaman a voz en grito.
Andan como los de Egipto.
- RODRIG. Soncas gimentes enfrentes.
- JUAN. Cient mill álimas perdidas.
- ANTÓN. E ganados percidos.
- MIGUELL. E aun los panes destruídos.
- JUAN. Las casas todas caidas,

- e las vidas
puestas en tribulación.
- RODRIG. Danos Dios gran tresquilón
hogaño con avenidas.
- JUAN. Pernotar, asmo, se debe
tan grande tresquelimocho
año de noventa e ocho
e entrar en noventa e nueve.
- RODRIG. Agua e nieve,
e vientos bravos corrutos.
¡Reniego de tiempos brutos!
E ha dos meses ya que llueve.
- MIGUELL. Dinos, dinos, dinos, Juan:
en tiempo de tal mancilla
¿para qué huste la villa?
- JUAN. ¡Año pese a Sant Jullán!
por del pan,
que en la aldea no lo había;
y acuntió que en aquel día
era muerto un sacristán.
- RODRIG. ¿Qué sacristán era? Di.
- JUAN. Un huerte canticador.
- ANTÓN. ¿El de la greja mayor?
- JUAN. Ese mesmo.
- RODRIG. ¿Aquese?
- JUAN. Sí.
- RODRIG. Juro a mí
que canticaba muy bien.
- MIGUELL. ¡Oh, Dios lo perdone, amén!

- ANTÓN. Hágante cantor a ti.
- RODRIG. El diablo te lo dará,
que buenos amos te tienes;
que cada que vas e vienes
con ellos muy bien te va.
- MIGUELL. No están ya
sino en la color del paño:
más querrán cualquier extraño,
que no a ti que sos d'allá.
- RODRIG. Dártelo han, si son sesudos.
- JUAN. Sesudos e muy devotos;
mas hanlo de dar por votos.
- RODRIG. Por botos no, por agudos.
Aun los mudos
habrarán que te lo den.
- JUAN. Mia fe, no lo sabes bien:
muchos hay de mí sañudos.
Los unos no sé por qué,
e los otros no sé cómo;
ningún percundio les tomo,
que nunca lle lo pequé.
- MIGUELL. A la fe,
unos dirán que eres lloco,
los otros que vales poco.
- JUAN. Lo que dicen bien lo sé.
- RODRIG. Hora cállate e callemos;
no te cures, compañero,
que siempre el mejor gaitero
menos medrado lo vemos.

- No curemos
de estar más en más disputa.
Si trajiste alguna fruta,
danos della, jugaremos.
- JUAN. Por amansar estas sañas
aquí trayo, mia fé, amigos,
una gran sarta de higos
e tres brancas de castañas.
- MIGUELL. Esas mañas
ya nunca las perderás.
Siempre trayes onde vas
mill golosinas extrañas.
- JUAN. Topé con la gran tormenta
una cierta vieja franca
que me dió veinte a la branca,
que son por todas sesenta.
- RODRIG. Hora cuenta.
Reparte: ¿cómo cabemos?
Cuatro somos, no erremos.
- JUAN. Diez, veinte, treinta, cuarenta.
- RODRIG. ¿Cuántas sobran?
- JUAN. Veinte son.
- RODRIG. Repártelas otra vez.
- JUAN. Cinco e cinco, que son diez,
e diez para mí e Antón.
- MIGUELL. Compañón,
trócam'esta qu'es podrida.
- JUAN. No haré, juro a mi vida,
pues te cupo en tu quiñón.

Hora juguemos.

- ANTÓN. Juguemos.
- MIGUELL. Y ¿a qué juego, compañeros?
- RODRIG. Juguemos pares e nones.
- JUAN. A hotas que bien haremos.
- ANTÓN. Comencemos.
- JUAN. ¿Qué les dices?
- ANTÓN. Juro a fíos,
nones digo.
- JUAN. Daca dos.
- ANTÓN. Cata que no trampillemos.
- RODRIG. ¿Qué le dices, Migallejo?
- MIGUELL. Pares les digo.
- RODRIG. Perdiste.
- JUAN. Diabros, e doite yo el triste.
¿Ya pones el sobrecejo?
- RODRIG. Cuando viejo
muy ruin gesto has de tener:
por tres castañas perder
reniegas de sant Conejo.
- MIGUELL. ¿Qué les dices, Rodrigacho?
- RODRIG. Asmo que dígoles pares.
- MIGUELL. ¡Al diablo tales jugares!
- RODRIG. ¡Hora ganéte buen cacho!
Don muchacho,
poquito sabes de juegos;
no te aprovechan reniegos;
cata yo soy hombre macho.
- JUAN. ¿Nunca acabaremos hoy?



"Pastores, no hayáis temor."

Debemos juego mudar.

RODRIG. ¿Y a qué podemos jugar?

ANTÓN. Mia fe, a vivo te lo doy.

MIGUELL. ¡Yo no soy
en jugar juego tan ruin!
Mas juguemos al trentín,
que muy desdichado estoy.

EL ANGEL. Pastores, no hayáis temor,
que os anuncio gran placer.
Sabed que quiso nacer
esta noche el Salvador
Redemptor
en la cibdad de David.
Todos, todos le servid,
qu'es Cristo nuestro Señor.

E doy os esta señal
en que le conoceréis:
un niño envuelto hallaréis
pobremente so un portal;
e áun es tal,
qu'en un pesebre está puesto;
e conoceréis en esto
aquel gran Rey celestial.

RODRIG. Compañeros, digo yo
que vamos hasta Belén,
porque persepamos bien
quién es éste que hoy nació.

JUAN. Bien habró.

MIGUELL. Pues vamos taste priado,

- que aquel garzón repicado
por cierto nos lo contó.
- RODRIG. ¿Quién dijo qu'era nascido?
- JUAN. Cuido qu'el saludador.
- MIGUELL. Que no, sino el Salvador.
¿No lo tienes entendido?
- JUAN. De atordido
no pude perentenderlo.
'Aballemos taste a verlo,
sepamos quién ha parido.
- MIGUELL. Yo leche le endonaré,
soncas, de mi cabra mocha ;
haréle una miga cocha
con que le empapicaré.
Llevarl' he
de camino, cuando vaya,
una barreña de haya,
la que dí lunes llabré.
- JUAN. Yo le daré un cachorrito
de los que parió mi perra,
xetas e turmas de tierra.
- ANTÓN. Yo le llevaré un cabrito.
- JUAN. Yo un quesito.
- RODRIG. Yo natas e mantequillas.
- MIGUELL. Yo tres o cuatro morcillas.
- 'ANTÓN. E yo, mia fé, un xerguerito.
- JUAN. Yo le diré mill cantares
con la churumbella nuevos.
- RODRIG. Yo le daré muchos huevos.

TEATRO ANTERIOR A LOPE DE VEGA

- MIGUELL. E yo de las mis cucharas
dos, tres pares.
- JUAN. Gasajémonos con él.
- RODRIG. Darl' he yo manteca e miel
para untar los paladares.

FIN

- JUAN. Hora no nos detengamos:
cada cual, si le pruguiere,
lleve lo más que pudiere,
porque mejor le sirvamos.
- MIGUELL. Vamos, vamos,
antes antes que más llueva.
- RODRIG. Preguntemos bien la nueva,
porque lo cierto sepamos.





TORRES NAHARRO

COMEDIA SOLDADESCA

INTROITO Y ARGUMENTO

Dios mantenga y remantenga,
mia fe, a cuantos aquí estáis,
y tanto pracer os venga
como cro que deseáis.

¿Qué hacéis?

Apostá que más de seis
estáis el ojo tan luengo,
y entiendo que no sabréis
adevinar a qué vengo.

Y a mi ver,

¿qué decís?

Todo cuanto presumís
es un aire loco y vano.

¿Veis? Aquí todos venís
ascuchar este villano.

¡Bobarrones!

Que cegáis con presunciones,

y vivís todos ascuras ;
que Dios reparte sus dones
por todas las creaturas.
Y ansí siento
que reparte con tal tiento
las mercedes su grandeza,
que dió a mí en contentamiento
más que a otros en riqueza.
Pues pobretos,
¿qué queréis vivir sujetos
al mundo y a su cebico?
Que en mi tierra los discretos
al contento llaman rico.
Por probar,
hora os quiero preguntar :
¿Quién duerme más satisfecho?
¿yo de noche en un pajar,
o el Papa en su rico lecho?
Yo diría
qu'él no duerme todavía
con mil cuidados y enojos ;
yo recuerdo a medio día,
y aún no puedo abrir los ojos.
Mas verán,
que dais al Papa un faisán
y no come d'él dos granos ;
yo tras los ajos y el pan
me quiero engollir las manos.
Todo cabe ;

mas aunque el Papa me alabe
sus vinos de gran natio,
menos cuesta y mejor sabe
el agua del dulce río.

Yo, villano,
vivo más tiempo y más sano
y alegre todos mis días,
y vivo como cristiano,
por aquestas manos mías.

Vos, señores,
vivís en muchos dolores
y sois ricos de más penas,
y coméis de los sudores
de pobres manos ajenas.

Conclusión:

pues os demando perdón
me lo debéis conceder,
y pues hu mi intinción
venir a daros pracer.

Y será,

que una comedia verná
la *Soldadesca* llamada;
sabed que no faltará
de graciosa o desgraciada.

Si atendéis,

mil cositas llevaréis
no sé si bien ordenadas;
y porque mejor notéis
se parte en cinco jornadas.



JORNADA PRIMERA

GUZMÁN, *plático*. CAPITÁN. TRISTÁN, *siervo*.
ATAMBOR.

GUZMÁN. Reniego del rey Ramiro,
porqu'es hora el tiempo tal
que quizá hiciera un tiro
de que no me fuera mal.
Pese al cielo.
No sabéis adónde os ir;
todo el mundo está perdido;
no halláis a quién servir,
ni siquiera un mal partido.
¡Gran dolor,
un hombre tan servidor
que no halle un pan que coma!
¿No vernía un atambor
por estas calles de Roma
tan, tan, tan,
ca, ta, la, la, la, lan?
¡Voto a Dios y su pujanza
que no siento tanto afán
como pienso en la ordenanza!
Mas, cuitado,
todo el mundo está callado,

sobra la paz por la tierra,
sino a mí, pobre soldado,
que la paz me hace guerra.
Pues digamos,
los soldados no medramos
sino la guerra en la mano;
con razón la deseamos
como pobres el verano.
Bien que ya
las guerras de por acá
no son más del tiempo loco,
ni creo que me valdrá
hacerme prete tampoco.
Bien decimos
los que moriendo vivimos:
¿Por qué no vino la landre
por mí y por cuantos perdimos
aquel tiempo de Alexandre?
Desdichados,
que por los nuestros peccados
se llevó Dios su camino
al padre de los soldados
el buen Duque Valentino,
que holgaba
cuando yo le acompañaba
las noches más sin abrigo;
tanto de mí se preciaba,
que sólo se iba conmigo.
¡Oh qué humano!

¡Qué señor, qué cortesano,
 qué liberal y cortés!
 Me ponía en esta mano
 veinte ducados al mes.
 Mas agora,
 gracias a Nuestra Señora,
 por contento me tovera
 si fuese cierto en buen hora
 de no probar la galera.

CAPITÁN. ¿En qué afán
 se ha puesto el señor Guzmán?
 Debe andar muerto de sed.

GUZMÁN. ¡Oh mi señor Capitán!
 Bien venga vuestra merced.

CAPITÁN. ¿Qué hacéis?

GUZMÁN. Ya, señor, oís y veis:
 está esperando que llueva.

CAPITÁN. Pues hora ¿qué me daréis
 si yo os do una buena nueva?

GUZMÁN. Mas ¡cuán claros
 tenéis modos de burlaros
 en estas y otras consejas!
 ¿Qué me veis que pueda daros
 si no os diese las orejas?

CAPITÁN. Por mi fe,
 pocas veces me burlé
 de quien acostumbro honrarme;
 mas agora os mostraré
 cómo no vengo a burlarme.

¿Veis aquí?
Pues entre nos es así
que la verdad se ejecuta.
El Papa mandó por mí
y hame dado esta conduta;
y al presente
me ha mandado expresamente,
porque no pudo ser antes,
que haga de buena gente
hasta quenientos infantes.
Si se habrán,
seréis, hermano Guzmán,
sin que más os lo suplique,
vos mi sota-capitán,
y alférez será Manrique.
Todavía
yo os haré la cortesía
que se debe a un gentil hombre,
porque d'esta compañía
yo no quiero más del nombre.
Los dineros
partidos los compañeros
y habed con ellos placer,
que pues que sois caballeros
ya me daréis de comer.

GUZMÁN. Bien está.
Mas también razón será
que, señor, os acordéis
que he tenido por acá

los cargos que vois sabéis.
y aun de grado
cualquier plático soldado
vos dirá quién es Guzmán,
y cómo ha sido tractado
del señor Gran Capitán.

CAPITÁN. Pues, hermano,
ya sé que por vuestra mano
cresce la fama española.

GUZMÁN. ¿Vistesme en el Garellano?

CAPITÁN. Y aun os vi en la Chirinola.

GUZMÁN. Yo he placer
que me queréis conoscer
sin habéroslo servido.
Pues más habéis de saber:
que he diez veces combatido.
Y en Bugía
yo tuve una compañía,
la mejor de mi cuartel,
y en Trípol de Berbería
pudiera ser coronel.
Mas, señor,
yo quiero, por vuestro amor,
serviros de voluntad.

CAPITÁN. Pues buscadme un atambor
que vaya por la ciudad
de manera
que diga cómo cualquiera
que querrá tomar dineros

se recoja a mi bandera
con los otros compañeros.

Di, Tristán,
¿tú conoces a Guzmán,
que hace del caballero?

TRISTÁN. Su padre fué un azacán,
y él ha sido un melcochero.

CAPITÁN. ¡Bien parece!
Dirá después que meresce
treinta ducados o más.

TRISTÁN. Ciertamente no caresce
de presunción su compás.

CAPITÁN. Deja andar:
ayúdenos a juntar
una vez la compañía,
que después en el pagar
perderá la fantasía.
Que a mi ver,
yo sé muy bien conocer
los soldados virtüosos,
y sé lo que han menester
estos Guzmanes bravosos
muy peinados,
presumiendo de esforzados
y sirviendo por antojos,
pues con cada tres ducados
les quiero quebrar los ojos.
Mi pensar
ha de ser en procurar

de mejorar esta capa ;
que suelen poco durar
aquestas guerras del Papa.
Ven acá,
di, ¿sabrías tú quizá
por alguna vía diestra
buscar hombres por allá
que pasasen en la muestra?

TRISTÁN. Sí, señor ;
en cas del Embajador
y d'otros, sé más de ciento.
Y en cas de Oristán mejor,
y Sancta Cruz y Sorrento.
Luego quiero
hablar con un compañero
qu'es plático y andaluz,
qu'está con un camarero
del Cardenal Sancta Cruz.
Ya diremos
que a quien pasa les daremos
cada cinco o seis carlines ;
pero después bien sabremos
enviallos para ruines.

CAPITÁN. Pues verás,
ve lo mejor que podrás
con discreción y saber,
y todo lo que harás
dilo siempre al Canciller.

GUZMÁN. Pues, señor,

- ved si tenéis servidor
hombre de más diligencia:
catad aquí un Atambor
que toca por excelencia.
- CAPITÁN. Bien me place.
Si es cosa que satisface,
venga con buena esperanza.
- GUZMÁN. ¿Queréis saber lo que hace?
Toca un poco la ordenanza.
- CAPITÁN. Está bien.
Pero sepamos también
cuánto quiere cada mes.
- ATAMBOR. Diez ducados que me den
me contentan más que tres.
- CAPITÁN. No lo creo.
- ATAMBOR. Sí, señor; siempre deseo
hacer placer a los buenos.
- CAPITÁN. Y aun por eso, a lo que veo,
ya tomaréis algo menos.
- ATAMBOR. Sean seis,
o lo que, señor, mandéis;
no quiero buscar extremos.
- CAPITÁN. Servid vos como debéis,
que no nos desavernemos.
- ATAMBOR. Soy contento.
- CAPITÁN. Pues servid sin pensamiento,
y aquí más no se replique.
Vámonos al aposento,
comeremos con Manrique.

Tú de aquí
echa un bando por ahí,
mete la gente en bollicio.

ATAMBOR. Confiad tanto de mí
que haré bien el oficio.





JORNADA SEGUNDA

ATAMBOR. MENDOZA, *plático*. JUAN GOZÁLEZ, *bisoño*.
PERO PARDO. FRAILE. LIAÑO.

ATAMBOR. ¡Sús, señores compañeros,
soldados de Papa Juan!
Quién querrá tomar dineros
a Pozo Blanco se dan.
Tres ducados
a los pláticos soldados
y diestros en renegar,
y a los bisoños honrados
dos y medio y el tragar.

MENDOZA. Di, Atambor,
¿y no harán más honor
a los buenos que a los ruines?

ATAMBOR. Ya os darán a vos, señor,
catorce o quince carlines.

MENDOZA. ¡Oh, ladrón!
y aquesta disposición,
cabello, garbo y cintura,
¿parécete que es razón
pasar por esa mesura?

- ATAMBOR. No sé nada.
Daros han paga doblada
si jugáis bien de piquer.
- MENDOZA. Daros he una bofetada
porque os burléis a placer.
- ATAMBOR. No osaréis,
que primero miraréis
a vuestro nombre y cabello;
cuanto más, como sabéis,
que burlando os dije aquello.
- MENDOZA. Ven acá,
¿conósceme tú quizá?
¿Por qué te burlas así?
- ATAMBOR. Ya os conozco días ha,
que por eso me atreví.
Y aun Guzmán
de parte del Capitán
os llamó yendo conmigo.
- MENDOZA. ¿Y ellos dos adónde están?
- ATAMBOR. Comiendo en cas d'un amigo.
- MENDOZA. Pues verás,
si por aquí tardarás
y vienen dos compañeros,
piensa cómo les dirás;
que son bisoños groseros.
- ATAMBOR. ¿D'esos son?
¿Y por qué causa o razón
los llamáis bisoños todos?
- MENDOZA. Porque tienen presunción

y son bestias en sus modos.
No es de oír;
porque si quieren pedir
de comer a una persona,
no sabrán sino decir:
"Daca el bisoño, madona."
Son criados
en corte de los arados
donde se cría la grana;
después no son enseñados
en la lengua italiana.
Pues conviene
que si alguno d'estos viene
vos le habléis a su guisa,
y sacalle heis cuanto tiene
debajo de la camisa.

ATAMBOR. No curéis;
id con Dios donde querréis.

MENDOZA. Al Capitán ver querría.

ATAMBOR. Por ahí no faltaréis
de encontralle por la vía.

JUAN. Digo, hermano,
¿sabéis habrar castellano?

ATAMBOR. Muy bien, a vuestro placer.

JUAN. Hora questo italiano
nunca lo pude entender.
Mas, empero,
los que dan este dinero
siendo el hombre d'enterés,

- a mí y a mi compañero
¿qué paga darán al mes?
- ATAMBOR. Daros han,
según dijo el capitán,
veinte y seis carlines llanos;
de la costa vino y pan
nunca falta entre villanos.
- JUAN. Y ha tres años
que me traen con engaños
capitanes y diabros,
a mi costa y a mis daños,
dormiendo por los estabros.
Y a la fin
tractaros han como a ruin
con palabras y sin obras,
y cuando os dan un calrín
habéis gastado dos dobras.
- PERO. Concruyamos,
que cuando mucho habramos
tienen all hombre por necio:
si quieren que los sirvamos
hágase primero el precio.
- ATAMBOR. Sin reñir
podéis conmigo venir.
Del precio no hay que dudar:
yo os haré luego escribir
de letra muy singular.
- PERO. Compañero,
poner la vida al tabrero

- bobería es de soldados;
mas yo digo que más quiero
la vida que tres ducados.
- JUAN. Viva o muera,
toque yo mi paga entera.
- ATAMBOR. Que os la darán sin dudanza.
- JUAN. Y al que trajere pancera
¿dan de balde espada y lanza?
- ATAMBOR. Y escopeta.
- JUAN. No hayáis miedo que se meta
Juan Gozález en tal cosa.
D'al diablo la bulreta,
qu'es arma muy peligrosa.
No me agrada;
que en la guerra de Granada
bien se acuerda Pero Pardo
que allí no estimaban nada
sino buena lanza y dardo.
- FRAILE. Sanidad
os dé Dios por su bondad
y al alma después reposo.
¿Queréis hacer caridad
a este pobre religioso?
- JUAN. ¡Qué habrar!
No os podéis probe llamar
donde a mí, padre, me veis.
Id con Dios a trabajar,
que buenos cuartos tenéis.
- FRAILE. A mi ver,

- mal hacéis en me correr ;
 que, si bien queréis sentir,
 harto trabaja el comer
 quien lo tiene de pedir.
- JUAN. ¡Ay dolor!
 Escuchai, padre señor,
 ¿quién vos dice aquí el contrario?
 Mas estaros hie mejor
 la pica qu'el famolario.
- FRAILE. Ciertamente.
 Ya Dios, el mundo y la gente
 desprecian nuestros afanes,
 y era poco inconveniente
 renunciar los balandranes.
- ATAMBOR. ¿Son hurtados?
- FRAILE. No, sino muy bien ganados,
 y no con poco dolor.
- ATAMBOR. Juguémoslos a tres dados
 aquí sobr'este atambor.
- FRAILE. Bien haría ;
 pero a vos no se daría
 la culpa de tal peccado.
- ATAMBOR. Dejadvos de hiproquesía ;
 buscad, señor, un ducado.
 ¿Queréis ver
 cómo dais a conocer
 que rezáis de mala gana?
 Tomáis el hábito ayer
 y renunciáislo mañana :

- lo que vos
por servicio d'ellos dos
os suplico que hagáis.
- FRAILE. Que me place, voto a Dios,
de hacer lo que mandáis.
- PERO. Eso sí.
¿Para qué es andar aquí
con haldas de panadera?
Será mejor, juri a mí,
que apañéis una bandera
si os la dan.
- ATAMBOR. Digo que le rogarán,
y al tiempo hago testigo.
Dejad, verná el Capitán
y veréis yo qué le digo.
- FRAILE. Pues, señor,
y vosotros, por mi amor,
pues es hecho ya este daño,
si queréis hacerme honor
llamadme d'hoy más Liaño.
- ATAMBOR. Bien será.
- LIAÑO. Pues, hermanos, dad acá.
Mientras el Capitán no viene,
hagamos, si os placera,
lo que a la tripa conviene.
- ATAMBOR. ¿Qué haremos?
- LIAÑO. Que mis hábitos tomemos,
según usanza moderna,
y allí los remataremos

en una sancta taberna.

ATAMBOR. ¡ Bien habláis !

¡ Voto a Dios que me agradáis !

LIAÑO. Y cosas son que acaescen.

JUAN. Juri a Dios que vos les dais
la paga que ellos merecen.





JORNADA TERCERA

CÁPITÁN. PERO PARDO. GUZMÁN. LIAÑO. MENDOZA.
COLA. MANRIQUE. JUAN FRANCISCO. JUAN GOZÁLEZ.
ATAMBOR.

CÁPITÁN. Pues, hermanos y señores,
ya sabéis sin que os lo diga
que se ganan los honores
con grandísima fatiga.
De manera
qu'es obligado cualquiera,
y con todo su poder,
a seguir tras su bandera
hasta morir o vencer.
Mayormente
nosotros, entre otra gente
con razón más señalada,
por no perder al presente
la fama de antes ganada.
Que, del resto,
ya yo quiero y he propuesto
que a los buenos y a los nobles
se les den, como es honesto,
sus mozos y pagas dobles.
Después van

el mi Sota-Capitán,
Alférez y Canciller,
los Cabos y el Capellán,
un Sargento y Furrier.
Y aun siquiera
diez compañeros de bandera,
pífaros y dos atambores;
y aun la enseña toda entera
pagaré de mis sudores.
Y aun no sé
de qué modo cumpliré
con otras personas ciertas,
porque creo en buena fe
de no haber las pagas muertas.
Y aun la mía
ya sabéis que todavía
la dilatan al presente,
porque ayunen algún día
mis caballos y mi gente.
Mas ¡andar!
Yo tengo de contentar
las personas singulares,
aunque lo sepa robar
de encima de los altares.

GUZMÁN. No os curéis,
que haremos cinco o seis
el ruido de las nueces.

MENDOZA. Yo me obligo, si queréis,
de pasar catorce veces.

- MANRIQUE. No es posible
si no os hacéis invisible,
qu'es gran persona la vuestra.
- MENDOZA. ¡Voto a Dios que sois terrible!
Vos no habéis pasado en muestra.
- MANRIQUE. Más que vos.
- MENDOZA. No es verdad.
- MANRIQUE. Pues ¡voto a Dios!...
- CAPITÁN. Estad quedos en mal hora.
- GUZMÁN. Séase para los dos.
- CAPITÁN. ¡Oh, valme Nuestra Señora!
¿por nonada
metéis la mano a la espada?
Nunca tal hecho se es visto.
- MENDOZA. No le será perdonada,
¡por vida de Jesucristo!
- MANRIQUE. ¿Qué decís?
- CAPITÁN. ¿Dónde diablo venís?
¿No tenéis más discreción?
- MANRIQUE. Veis que me dijo mentis
aquel puerco remendón.
- ATAMBOR. Caballeros,
ved aquí tres compañeros
hombres de recio compás;
comenzad a dar dineros
que tenemos muchos más.
- GUZMÁN. ¿Dónde están?
- ATAMBOR. A casa del Capitán
les tengo dicho que fuesen.

- CAPITÁN. Id allá, señor Guzmán,
por caso no se partiesen.
- ATAMBOR. Esperá.
Vuestra merced mandará
oírme dos palabradas.
- CAPITÁN. Apartémosnos acá:
¿Qué tales serán? ¡Aosadas!...
- ATAMBOR. Pues, señor,
gentes hay que con amor
esperan que las tractéis,
y gentes que con temor,
como vos mejor sabéis.
Y esto digo,
porque estos vienen conmigo
y os los doy por buena gente,
por los cuales yo me obligo
que os servirán gentilmente.
Mas querría
que les hagáis cortesía
sin que resciban engaño,
al menos por causa mía.
Aquel mancebo Lñaño,
qu'es osado,
valiente hombre y esforzado,
dispuesto... ya podéis ver...
- MENDOZA. ¿Quién lo hizo aquel soldado,
pues fraile solía ser?
- ATAMBOR. Habláis mal,
qu'es hombre muy especial,

- sobrino d'un coronel.
- MENDOZA. Veís que reñego de tal;
yo he oído misa d'él.
- CAPITÁN. Sin pasión.
Y aquellos dos ¿quién son,
que no mucho me contentan?
- ATAMBOR. Hombres de buen corazón,
d'estos bisoños que cuentan.
- MENDOZA. A las manos,
no nos tengan por villanos;
hablémosles, voto a Dios.
- CAPITÁN. Dios os guarde, mis hermanos
- JUAN. Señor, así haga a vos.
- CAPITÁN. Yo querría
que digáis por cortesía
de dónde bueno venís.
- JUAN. Venimos en compañía
del comendador Solís.
- CAPITÁN. Por mi amor,
que os sepáis hacer honor
y que atendáis a servir.
Lo que os dijo el Atambor,
y más, os quiero cumplir.
Pues, hermanos,
en casa d'esos villanos
quiero yo que os alojéis;
haced que os anden las manos,
que a discreción comeréis.
- MENDOZA. ¿Sin dineros?

- JUAN. Andá con Dios, caballeros.
- CAPITÁN. Y quedad en hora buena.
- JUAN. Vamos presto, compañeros,
 revolveremos la cena.
- LIAÑO. ¡Ha, patrón!
 daca, danos colación:
 saca algunas golosinas.
- PERO. Mate, mate un buen capón
 o cualquier par de gallinas.
- COLA. Non c'e niente.
- JUAN. Bastan diez, cuanto más veinte.
- COLA. Deh, misier, non ho nesuna.
- JUAN. Tanto mejor, buena gente,
 pues que tiene veintiuna.
- COLA. Non, patrone.
 Pan e vino vi darone
 del meglio che c'e per tuto;
 anchora qualche picione,
 butiro, caso, presuto.
- JUAN. ¡Oh cochino!
 ¿Yo que de hambre me fino,
 tú que la gana me quitas?
 Damos pan, y carne, y vino;
 cómete tú tus frotitas.
- COLA. I' non so.
 Quelo ch'ha io vi daró
 volentier di bona voglia.
- JUAN. Pues eso me quiero yo.
 Diz que tiene buena olla.

¡Sús, galanes!
Hora somos capitanes
que tenemos buen remedio.
Saca en tabra veinte panes
y un jarro d'azumbre y medio.

COLA. Non v'intendo.

JUAN. ¡Y al diablo te encomiendo!
Pues bien cralo te lo digo.

PERO. Déjame, que yo voy viendo
que las quiere haber conmigo.
¿Queréis ver

si me hago yo entender
por el su mesmo lenguaje?
Madono, hazme un pracer:
que mates un buen formaje.

JUAN. Mas espera.

Pues que venimos de huera,
querremos lugo dormir;
si tienes una caldera
ponla con agua a rostir.

JUAN FR. A Dio, Cola.

¿Voi sentir una parola?

COLA. Vo il mal an che Dí me día:
certa canaglia spagnola
mi disfano casa mía.

JUAN FR. ¡Deh, povereto!

Va in casa senza suspeto
non aver nesun pensiere;
fa buon fogo, concia il leto,

- daglie po magnar e bere.
 Simel gente
 voglion questo solamente :
 lassa andar per una sera.
- COLA. Mo, qui non li intende niente.
- JUAN FR. Ti voglio amparar da vera.
 Guarda il fosso,
 faró io quello che posso.
 Ma ¿sai, Cola, ché mi pare?
 Tú ti crede dagli adosso
 e porresti relevare.
 ¿Sa perché?
 Ca per doi da te e di me
 basta ben un di questoro.
- COLA. Questi puro sono tre
 Ch'i'solo basto per loro.
- JUAN. FR. So regaci.
- COLA. Sono certi spagnolaci
 che no vaglion tre denari :
 Manigoldi, forfantaci
 naturali montanari.
- JUAN FR. Doncha, andiano,
 e voglio che gli faciano
 ritornar a la montagna :
 anche si ricordarano
 di questa, persino Spagna.



JORNADA CUARTA

GUZMÁN, MENDOZA y JUAN GOZÁLEZ.

GUZMÁN. ¿Qué os parece, hermano mío,
d'este nuestro Capitán?

¿No os parece un poco frio?

MENDOZA. Sí, por Dios, señor Guzmán.

GUZMÁN. Mal bermejo;
pero yo soy perro viejo
y entiendo sus ademanes.
Si vos queréis mi consejo
no os fiéis de capitanes.

Ya sabemos
como cuanto d'él habremos
no bastará para bragas:
yo os diré cómo hurtemos
una docena de pagas.

MENDOZA. No curéis.

GUZMÁN. Pues escuchad si queréis;
y deciros he en qué modo.

MENDOZA. ¿Por tan necio me tenéis?
Ya estoy al cabo de todo.

GUZMÁN. Y al pagar,
si no podemos tramar,

- ¿qué remedio, en fin, nos queda?
- MENDOZA. Podémosnos esgarrar
en tocando la moneda.
- GUZMÁN. ¡Voto a Dios!
A mí me entierren con vos
y no con gente bestial,
y acordémosnos los dos
para bien y para mal.
Y si van
las cosas del Capitán
como vemos a la clara,
vámonos luego a Milán,
a Génova o a Ferrara.
Diez ducados
en paz y en guerra pagados
hallaremos en llegando,
y aun que seremos rogados
según yo voy barruntando.
Porque ayer
un hombre bien de creer
me dijo, y sé que no yerra,
que se quiere revolver
una grandísima guerra.
Genoveses
se proveen de paveses,
florentines de pendones,
Milán se furne de arneses,
Ferrara hace bestiones.
Venecianos,

que se habían puesto en manos
del Papa, por se acordar,
d' éstos catorce veranos
no los verás concertar.

Y es mejor:

diz que el Rey nuestro señor
torna a romper con franceses,
y baja el Emperador,
y se rehacen ingleses.

MENDOZA. Que no hay duda.

Sino que el tiempo se muda
d'hora en hora, y Dios lo ordena,
porque la gente desnuda
se vistan a costa ajena.

De Dios mana
cuanto se pierde y se gana;
cada cual arguya y glose;
Dios quiere, si el pobre afana,
qu'el rico menos repose.

Gran grandeza,
que si al pobre la pobreza
hace vivir en estrecho,
que a los ricos la riqueza
no les tenga buen provecho.

¿Queréis ver
cómo este mucho tener
los que lo buscan son locos?
Que a muchos mata el comer
y de hambre mueren pocos.

Compañero,
 no tengáis al caballero
 codicia de su ventura ;
 que ¿sabéis qu'es el dinero?
 Una noche muy oscura.
 Donde llega
 parece que luego ciega
 la discreción en llegando,
 y el buen camino nos niega
 y al malo nos va guiando.
 ¡ Cuántos son
 los que tienen discreción
 cuando pobres compañeros,
 y les falta la razón
 como les sobran dineros!
 ¿ Por qué aquestos
 no cobran alegres gestos
 y alaban a Dios por ello,
 y en pensamientos honestos
 no despenden lo más d'ello?
 Si yo fuese,
 yo os prometo que supiese
 gastar de galantería ;
 si Duque o Conde me viese
 yo os diré lo que me haría.

GUZMÁN.

No os matéis.
 Por agora bien podéis
 partiros d'ese cuidado ;
 muy mejor es que penséis

- de dónde habréis un ducado.
- JUAN. Caballeros,
¿cuándo dan estos dineros,
si sabéis, por vida vuestra?
- GUZMÁN. Cuando tengan compañeros
que basten para la muestra.
- MENDOZA. Pues callemos.
De aquesta parte estaremos;
no nos pongamos de cara
ni riamos, si podemos,
hasta ver esto en qué para.





JORNADA QUINTA

PERO PARDO, *villano*. JUAN GOZÁLEZ. LIAÑO. COLA.
CAPITÁN. GUZMÁN. JUAN FRANCISCO, *villano*.

PERO. ; Alto! Vamos,
 pues que aquí no aprovechamos
 y estos villanos son malos,
 y si mucho aquí tardamos
 cargarnos han bien de palos.

JUAN. ¿Y por qué?

PERO. Porque yo entiendo, a la fe,
 que quedan bien enojados,
 y áun habraban no sé qué
 todos tres allá encerrados.

JUAN. Si mandáis,
 vámonos donde queráis,
 pues que decís que así es.

PERO. Pues caminá; ¿qué esperáis?
 Vamos juntos todos tres.

JUAN. ; Qué groseros!

COLA. Carne, carne.

JUAN. Compañeros,
 la carne nos quieren dar:
 torná, torná, manjaderos.

LIAÑO. No, que nos quieren matar.

COLA. Deh, poltrone,

- sassin, gagliofo, coglione,
lassa l'arme, che t'amazo.
¿Tú non hai piú presuncione?
Parla un poco, marranazo.
- JUAN. Labrador,
déjame, harás mejor.
No me tomes la pancera,
qu'es del Rey nuestro señor;
no pienses que es de quien quiera.
Cata, guarte,
no me trates d'aquesa arte
porque estás en tu país;
yo te requiero de parte
del comendador Solís,
y del Rey,
y también del Visorrey.
Hombres son tan d'estimar,
que por justicia y por ley
te lo sabrán demandar.
Cata, amigo,
no te revuelvas conmigo.
- COLA. ¿Qué dice questo marrano?
- JUAN. ¿Tú no entiendes que te digo
labrador, y no villano?
- CAPITÁN. ¿Qu'es aquesto?
- JUAN. Mirad, señor, que m'han puesto
las lanzas en la barriga.
- COLA. Mo parláte pur honesto.
- JUAN. Mas hora tomá una higa.

- COLA. Deh, signore,
fateme qualche favore,
vedite ch' io son povereto.
Questo poltron traditore
m'ha brugiato insino al leto.
- JUAN. ¡Oh villano!
¿queréis llevar una mano?
Juri a Dios si os arrebató...
- COLA. Oldite, ser capitano,
vi diró io come é stato.
Questui viene
con doi altri, multo bene
bravando come si fa:
qui mi buta, qui me tiene
l'un di quá, l'altro di la.
Po da vera
magniaro quel che ce n'era,
ben che fusse lor vergoña;
po la matina e la sera
domandaban la bisogna.
Piú bestiale
non fú gente da cotale
secondo quel ch' io vegio,
que loro v' intendon male
e voi a lor anche pegio.
- CAPITÁN. Lassa fare,
che ti voglio far pagare
fin al ultimo quatrino;
anche faré castigare

quel manigoldo sassino.

Vieni quá;

io voglio, si Dio vorra,

far una poca de gente;

si a voi altri piacerá,

vi pagaró gentilmente.

COLA. Ma desí.

CAPITÁN. Lassate, che faro mí
che serite ben tractati.

COLA. ¿Mo si po venir cosí
da contadin fra soldati?

CAPITÁN. Ben sapite;
nondimeno, si volite
lassar un po quel gabano,
piú piacer me ne farite.

COLA. Volentier, ser capitano.

CAPITÁN. Decid vos,
¿dónde son los otros dos
que estaban con vos ayer?

JUAN. Tomad ¡qué cuerpo de Dios!
Idos se son a pracer.

CAPITÁN. Pues corré,
llamaldos, por vuestra fe,
haremos luego la muestra.

JUAN. ¿Y adónde los hallaré?

CAPITÁN. Caminad, por vida vuestra.

GUZMÁN. ¿Qué haremos?

Y esta muestra ¿no sabemos
en qué lugar ha de ser?

- CAPITÁN. Desd'aquí nos ordenemos,
y vamos en Belvider.
- GUZMÁN. ¿Por qué allá?
- CAPITÁN. Para qu'el Papa querrá
ver a quién da su dinero,
y así me lo han dicho ya
de parte del tesorero.
- GUZMÁN. Pues, señor,
si os queréis hacer honor,
lleven todos cosaletes;
o pensaldo vos mejor
que sabéis servir a pretes.
- CAPITÁN. Bien habláis.
Largo todos, si mandáis;
dejadnos hablar un poco.
Yo quiero que me digáis
si en esto soy cuerdo o loco.
Yo he tomado,
como me fué aconsejado,
cien cosaletes muy buenos,
que me cuestan a ducado
y aun alguna cosa menos.
Al pagar
se los tengo de contar
al menos ducado y medio.
- GUZMÁN. Si os queréis aprovechar
no tenéis otro remedio.
- CAPITÁN. Más haremos:
que con éstos tomaremos

- muchos petos de almacén,
en los cuales ganaremos
alguna cosa también.
- GUZMÁN. Cierto está.
- CAPITÁN. D'este modo se podrá
cargalles bien la borrica,
pues cada cual me dará
los ños julios de la pica.
- GUZMÁN. Y aun siquiera,
para ayuda a la bandera,
sacaldes sendos carlines.
- CAPITÁN. Quéjanse luego do quiera.
- GUZMÁN. Vayan para hides ruines;
¡qué placer!
Pues también es menester,
y es usanza y justo fuero,
que os paguen un furrier,
y un capellán, y un barbero.
- CAPITÁN. Sí harán
en las pagas que vernán,
y será mucha razón.
- GUZMÁN. D'ese modo dejarán
cada paga un repelón.
- CAPITÁN. Bien sabéis,
y vuestra parte ternéis
aquesto para con vos;
triunfemos, si queréis,
estos dineros de Dios.
- GUZMÁN. Muy bien es.

Pero son las veinte y tres;
vamos, señor, sin tardanza.
CAPITÁN. Al orden de tres en tres.
¡Sús, sús, sús, al ordenanza!

VILLANCICO

¡Sús, al orden tres a tres!
Cada cual tome su lanza.
¡Sús, sús, sús, al ordenanza!

Las grullas en su volar
por orden las vemos ir;
los pueblos, para durar,
por orden se han de regir;
pues ordene su vivir
todo aquel que seso alcanza.
¡Sús, sús, sús, al ordenanza!
¡Sús, al orden!

Bien es las damas servir
y a cada cual en su grado,
y penar hasta morir
en lugar bien empleado;
que un morir bien concertado
pone la vida en holganza.
¡Sús, sús, sús, al ordenanza!





“que yo digo
que no me quiero casar.”



GIL VICENTE

AUTO DA SIBILLA CASSANDRA

FIGURAS

CASSANDRA.	PERESICA.	MOYSES.
SALOMAO.	CIMERIA.	ABRAHAO.
ERUTEA.	ESAIAS.	

A obra seguinte foi representada á dita Senhora no mosteiro de Enxobregas nas matinas do Natal. Tracta-se nella da presumpção da SIBILLA CASSANDRA, que, como por espirito prophético soubesse o misterio da encarnação, presumio que ella era a virgem de quem o Senhor havia de nascer. E com esta opinido nunca mais quis casar.*

Entra Cassandra, em figura de Pastora, dizendo:

CASSANDR. ¡Quién mete ninguno andar
ni porfiar
en casamientos conmigo!
Pues séame Dios testigo
que yo digo
que no me quiero casar.
¡Cuál será pastor nacido

* A Rainha D. Beatriz.

tan polido
ahotas que me meresca!
¿Alguno hay que me parezca
en cuerpo, vista y sentido?
¿Cuál es la dama polida,
que su vida
juega, pues pierde casando,
su libertad cautivando,
otorgando
que sea siempre vencida,
desterrada en mano ajena,
siempre en pena,
abatida y sojuzgada?
¡Y piensan que ser casada
que es alguna buena estrena!

SALOM. ¡Casandra, Dios te mantenga!
y yo venga
también mucho norabuena;
pues te veo tan serena,
nuestra estrena
ya por mí no se detenga:
y pues ya que estoy acá,
bien será
que diga a qué soy venido;
y tanto estoy de ti vencido,
que creo que se hará.

CASSANDR. No te entiendo.

SALOM. Anda, ven,
que por tu bien

te envían a llamar tus tias;
y luego de aquí tres días
alegrías
ternás tú y yo también.

CASSANDR. ¿Qué me quieren?

SALOM. Que me veas
y me creas
para hecho de casar.

CASSANDR. Lo que de ahí puedo pensar,
que ellas o tú devaneas.

SALOM. ¿Somos parientes, o qué?

Bien se ve
que soy yo para valer
tal, que juro a mi poder
que de no ser,
ni esta paja me dé.
Yo soy bien aparentado
y abastado,
valiente zagal polido;
y aun estoy medio corrido
de haber acá llegado.

¡Anda, si quieres venir!

CASSANDR. Sin mentir,
tú estás fuera de ti:
lo que te dije hasta aquí,
será así,
aunque sepa de morir.

SALOM. ¿No me ves?

CASSANDR. Bien te veo.

- SALOM. No te creo:
¿pues no quieres?
- CASSANDR. No te quiero.
- SALOM. Casamiento te requiero.
- CASSANDR. Ya primero
dije lo que es mi deseo.
- SALOM. ¿Qué me dices?
- CASSANDR. Yo te digo
que conmigo
no hables en casamiento;
que no quiero ni consiento,
ni con otro ni contigo.
- SALOM. ¿Quieres tú estar a cuenta?
- CASSANDR. ¿Y nesa afrenta
tengo contigo de estar?
No me quiero cautivar,
pues nació horra y isienta.
- SALOM. Tu tia misma me habló,
y prometió
muy chapado casamiento.
- CASSANDR. Otro es mi pensamiento.
- SALOM. Pues yo siento
que bien te merezco yo,
y por eso vine acá.
- CASSANDR. Bien está.
- SALOM. Según el tu no querer,
a mi ver,
otro amor tienes allá.
- CASSANDR. No quiero ser desposada

- ni casada,
ni monja ni ermitaña.
- SALOM. Dime, qué es lo que te engaña ;
que esa saña
empleas mal empleada.
Toma consejo conmigo
o' contigo,
cuando sin pasión te veas ;
y mira lo que desees,
que razón trae consigo.
- CASSANDR. No pierdas tiempo conmigo :
ya te digo
bien clara mi intención.
- SALOM. ¡Quién te viese el corazón,
por mirar mi enemigo,
y saber por qué razón !
- CASSANDR. No tomes desto pasión
ni alteración,
pues que no desprecio a ti ;
mas nació. cuando nació,
conmigo esta opinión,
y nunca más la perdi.
- SALOM. ¿Qué te hizo el casamiento ?
¿Es tormento,
que se da por algún hurto ?
- CASSANDR. Y aun por eso le surto,
porque es curto
su triste contentamiento.
Muchos dellos es notorio

purgatorio
sin concierto ni templanza ;
y si algún bueno se alcanza,
no es medio placentorio.

Veo quejar las vecinas
de malinas
condiciones de maridos :
unos de ensoberbecidos
y aborridos,
otros de medio gallinas,
otros llenos de mil celos
y recelos,
siempre aguzando cuchillos,
sospechosos, amarillos,
y malditos de los cielos.

Otros a garzonear
por el lugar,
pavonando tras garcetas,
sin dejar blancas ni prietas
ni reprietas ;
¿y la mujer? Sospirar,
después en casa reñir
y gruñir
de la triste allí cautiva.
Nunca la vida me viva
si tal cosa consentir.

Y pues eres cuerdo y sientes,
para mientes.
Mujer quiere decir molleja ;

es así como una oveja
en pelleja,
sin armas, fuerzas ni dientes.
Y si le falta sentido
al marido
de la razón y virtud,
¡ay de niña juventud,
que en tales manos se vido!

SALOM. No soy desos, ni seré:
por mi fe,
que te tenga en velloritas.

CASSANDR. ¿Y con floritas
piensas que me engañaré?
No quiero verme perdida,
entristecida
de celosa o ser celada.
¡Tirte afuera! ¿No es nada?
Pues antes no ser nacida.

Y ser celosa es lo peor;
que es dolor,
que no se puede excusar.
De los vientos hace mar;
y afirmar
que el blanco es de otra color;
de las buenas hace malas,
con sus falas,
y de los santos, ladrones.
No quiero entrar en pasiones,
pues que bien puedo excusarlas.

SALOM. Do seso hay no hay celuras,
sino holguras;
que el seso todo bien da.

CASSANDR. El seso es no ir allá.

SALOM. Calla ya,
que te recelas a oscuras.

CASSANDR. Allende deso, sudores
y dolores
de partos, llorar de hijos:
no quiero verme en letijos,
por más que tú me namores.

SALOM. Yo voy llamar al aldea
Erutea
y a Peresica tu tía
y a Cimeria; y tu porfia
delante dellas se vea.

CASSANDR. ¡Y a mí qué se me da!
¿Quién será,
que me case a mi pesar?
Si yo no quiero casar,
¿a' mí quién me forzará?

(Canta.)

Dicen que me case yo;
no quiero marido, no.

Más quiero vivir segura
nesta sierra a mi soltura,
que no estar en ventura
si casaré bien o no.

Dicen que me case yo;

no quiero marido, no.

Madre, no seré casada,
por no ver vida cansada,
o' quizá mal empleada
la gracia que Dios me dió.
Dicen que me case yo;
no quiero marido, no.

No será ni es nacido
tal para ser mi marido;
y pues que tengo sabido
que la flor yo me la só,
dicen que me case yo;
no quiero marido, no.

Entra ERUTEA, PERESICA e CIMERIA, com o pastor SALOMAO, em chacota, ellas a manciara de lavradoras, e diz CIMERIA a CASSANDRA.

CIMERIA. ¿Qué te parece el zagal?

CASSANDR. Ni bien ni mal,
que no quiero casar, no.
¿Vosotras quién os metió
que case yo?

Pues sabed que pienso en al.

CIMERIA. Tu madre en su testamento
(No te miento)
manda que cases, que es bueno.

CASSANDR. Otro casamiento ordeno
en mi seno:

- que no quiero ni consiento.
- SALOM. Loco consejo has tomado.
¡Estoy espantado!
¿Do se halló tal desvarío?
- CASSANDR. Mi fe, nel corazón mio;
y lo fio,
que no vo camino errado.
Yo quiero ser escogida
en otra vida,
de más perfeta manera.
- ERUTEA. Escucha, sobrina mía;
todavía
no puedes sino casar;
y éste debes tomar
sin porfiar,
que es muy bueno en demasia.
- CASSANDR. ¿Cómo así?
- ERUTEA. Es generoso
y virtuoso,
cuerdo y bien asombrado;
tiene tierras y ganado,
y es loado
músico muy gracioso.
- SALOM. Tengo pomares y vinas,
y mil pinas
de rosas para holgares;
tengo villas y lugares,
y más treinta y dos gallinas.
- ERUTEA. Sobrina, este zagal

- es real,
y para ti está escogido.
- CASSANDR. No lo quiero ni lo pido
por marido:
¡Guárdeme el Señor de mal!
- CIMERIA. ¿Tú no ves cómo es honrado
y sosegado,
cuanto otro lo será?
- CASSANDR. ¡Qué sé yo si mudará,
o' qué hará
cuando se vea casado!
¡Oh cuántos ha hí solteros
placenteros,
de muy blandas condiciones,
y casados son leones,
y dragones,
y diablos verdaderos!
Si la mujer, de sesuda,
se hace muda,
dicen que es hoba perdida;
si habla, luego es herida:
y esto nunca se muda.
- SALOM. ¡Muy entirrada está!
Bien será
que no le digamos más.
Pues tú te arrepentirás,
y querrás,
cuando el diablo no querrá.
- ERUTEA. Muy más ayna quizá

- se hará,
si la servieses de amores.
- SALOM. ¡Qué moza para favores!
¿No veis qué respuesta da?
- PERESICA. Si tus tíos allegasen,
y le hablasen,
que son hombres entendidos...
- CIMERIA. ¡Pardiez son, y bien validos
y sentidos!
Bien sé yo que lo acabasen.
- SALOM. Quiérolos ir a llamar
al lugar:
veremos esto en qué para;
aunque ella se declara
por tan cara,
que ha de ser dura de armar.

*Traz SALOMAO, ESAIAS e MOYSES e ABRAHÃO, can-
tando todos quatro de folia a cantiga seguinte:*

¡Qué sañosa está la niña!
¡Ay, Dios, quién le hablaría!

Volta.

En la sierra anda la niña
su ganado a repastar;
hermosa como las flores,
sañosa como la mar.
Sañosa como la mar
está la niña:

- ¡ay, Dios, quién le hablaría!
- ABRAHAO. ¡Digo que estéis norabuena!
Por estrena
toma estas dos manijas.
- MOYSES. Y yo te doy estas sortijas
de mis hijas.
- ESAIAS. Yo te doy esta cadena.
- SALOM. Darteía yo bien sé qué,
mas no sé
cuánto puede aprovechar.
- ERUTEA. Muchas cosas hace el dar,
como contino se ve.
- CASSANDR. ¿Téngome de captivar
por el dar?
No me engaño yo así.
Yo digo que prometí
sólo de mí,
que no tengo de casar.
- MOYSES. Blasfemas; que el casamiento
es sacramento,
y el primero que fué.
Yo Moysen te lo diré
y contaré
donde hubo fundamento.
En el principio crió
y formó
Dios el cielo y la tierra,
con cuanto en ello se encierra:
mar y sierra

de nada lo edificó.
Era vacua y vacía,
y no había
cosa por quien fuese amado.
El espíritu no criado
sobre las aguas lucía.

¡Fiat lux! luego fué fecha
muy prehecha,
sol y luna y las estrellas,
criadas claras y bellas
todas ellas
por regla justa y derecha.
Al Sol dióle compañera
por parcerá,
de una luz de ambos guarnidos,
dominados y medidos
cada uno en su carrera.

Hagamos más, dijo el Señor
Criador,
hombre a nuestra semejanza,
angélico en la esperanza
y en lianza,
y de lo terrestre señor.
Luego le dió compañera
en tal manera
de una gracia ambos liados,
dos en una carne amados,
como si ambos uno fuera.

El mismo que los crió,

los casó,
y trató el casamiento;
y por su ordenamiento
es sacramento,
que al mundo estableció.
Y pues fué casamentero
Él primero,
y es ley determinada,
¿cómo estás tú entirrada,
diciendo que es captivero?

CASSANDR. Que cuando Dios los hacía
y componía,
en esos tales no hablo:
mas en aquellos que el diablo
en su retablo
hace y ordena cada día.
Por codicia los ayunta,
y no pregunta
por otra virtud alguna;
y después que la fortuna
los enfuna,
toda gloria le es defunta.

Si yo me casase agora,
dende a una hora
no querría ser nacida.
No tengo más de una vida;
y, sometida,
diz, Casandra, tirte afuera.
¿Marido? Ni aun soñado,

ni pintado.

No curéis de porfiar,
porque para bien casar
no es tiempo concertado.

ABRAHAO. ¿Y si cobras buen marido,
comedido,
y nunca apasionado?

CASSANDR. ¿Nunca? Estáis muy errado,
padre honrado,
porque eso nunca se vido.
¿Cómo puede sin pasión
y alteración
conservarse el casamiento?
Múdase el contentamiento,
en un momento,
en contraria división.

Sólo Dios es perfección:
si en razón
la verdad queréis que hable;
que el hombre todo es mudable
y variable,
por humanal complisión.
Pero yo quiero decir
y descubrir
por qué virgen quiero estar:
sé que Dios ha de encarnar,
sin dudar:
y una virgen ha de parir.

ERUTEA. Eso bien me lo sé yo,

y cierta so
que en un presepe ha de estar;
y la madre ha de quedar
tan virgen como nació.
También sé que de pastores
labradores
será visto y de la gente;
y le traerán presente
del Oriente
grandes Reis y sabedores.

CIMERIA. Yo, días ha, que hei soñado
y barruntado,
que vía una virgen dar
a su hijo de mamar,
y que era Dios humanado;
y aun después me parecía
que la vía
entre más de mil doncellas;
con su corona de estrellas
mucho bellas,
como el sol resplandecía.

Nunca tan glorificada
y acatada
doncella se pudo asmar,
como esta virgen vi estar;
ni su par
no fué ni será criada.
De sol estaba guarnida,
percebida,

contra Lucifer armada,
con virgen arnés guardada,
ataviada
de malla de santa vida.

Con leda cara y guerrera,
placentera,
el resplandor piedoso,
el yelmo todo humildoso,
y *Mater Dei* por cimera:
y el niño Dios estaba,
y la llamaba,
madre y madre a boca llena;
los ángeles, *gratia plena*
muy serena;
y cada uno la adoraba
diciendo: "Rosa florida
esclarecida,
¡Madre de quien nos crió!
Loado aquel que nos dió
Reina tan santa nacida."

ÉRUTEA. Peresica, tú nos decías
que sabías
desta virgen y su parto.

PERESICA. Mi fe dello sé bien harto
y reharto:

llena estoy de profecías.

Empero son de dolor:
que el Señor,
estando a veces mamando,

tal vía de cuando en cuando,
que no mamaba a sabor:
una cruz le aparecía,
que él temía,
y lloraba y suspiraba.
La madre lo halagaba,
y no pensaba
los tormentos que él vía.

Y comenzando a dormir,
vía venir
los azotes con denuedo;
estremecía de miedo.
Y no puedo
por ahora más decir.

CASSANDR. Yo tengo en mi fantasía,
y juraría
que de mí ha de nacer;
que otra de mí merecer
no puede haber,
en bondad ni hidalguía.

ABRAHAO. Casandra desvaría.

ESAIAS. Yo diría
que está muy cerca de loca,
y su cordura es muy poca,
pues que toca
tan alta descortesía.

SALOM. El diablo ha de acertar
a'casar;
por mi alma y por mi vida,

que quien la viera sabida
y tan leída,
que se pudiera engañar.
Casandra, según que muestra
esa respuesta
tan fuera de conclusión,
tú loca, yo Salomón,
dame razón,
¿qué vida fuera la nuestra?

CASSANDR. Aun en mi seso estó:
que soy yo.

ESAIAS. Cállate, loca perdida,
que desa madre escogida
otra cosa se escrevió.

Tú eres della al revés,
si bien ves:
porque tú eres humosa,
soberbia y presuntuosa,
que es la cosa
que más desviada es.
La madre de Dios sin par,
es de notar,
que humildosa ha de nacer,
y humildosa conceber,
y humildosa ha de criar.

Las riberas y verduras
y frescuras
pregonan su hermosura,
la nieve la su blancura

limpia y pura,
más que todas criaturas;
lirios, flores y rosas
muy preciosas
procuran de semejalla,
y en el cielo no se halla
estrella más luminosa.

Antes santa que engendada;
preservada.

Antes reina que nacida;
eternalmente escogida,
muy querida,
por madre de Dios guardada.

Por virtud reina radiosa,
generosa;
por gracia emperadora,
por humildad gran señora,
y hasta ahora

no se vió tan alta cosa.

El su nombre es María,
que desvía

de ser tú la madre dél;

y el hijo Emanuel

manteca y miel

comerá como yo decía.

ABRAHAMO. Dos mil veces lo decías,
que el Mesías
será Dios vivo en persona,

y aun te juro a mi corona,
ahotas que no mentías.

*Abrem-se as cortinas onde está todo o apparatus do
Nascimento, e cantão quatro Anjos.*

Ro ro ro
nuestro Dios y Redentor,
no lloréis, que dais dolor
a'la virgen que os parió.
Ro ro ro.

Niño hijo de Dios Padre,
Padre de todas las cosas,
cesen las lágrimas vuestras,
no llorará vuestra madre,
pues sin dolor os parió.
Ro ro ro.

No le deis vos pena, no.

Ora, niño, ro ro ro,
nuestro Dios y Redentor,
no lloréis, que dais dolor
a'la virgen que os parió.
Ro ro ro.

MOYSES. Naquel cantar sento yo,
y cierto so,
que nuestro Dios es nacido;
y llora por ser sabido
y conocido,
que es de carne como yo.

CIMERIA. Yo así lo afirmaría

y juraría;
que lo deben estar brizando,
y los ángeles cantando
su divinal melodía.

ESAIAS. Pues vámoslo adorar,
y visitar
el recién nacido a nos:
verán nuestros ojos dos
un solo Dios,
nacido por nos salvar.

CASSANDR. Señor, yo, de ya perdida
nesta vida,
no te oso pedir nada,
porque nunca di pasada
concertada;
ni debiera ser nacida.
Virgen y madre de Dios,
A'vos, a vos.
corona de las mujeres.
por vuestros siete placeres,
que quieras rogar por nos.

Todos.

Muy graciosa es la doncella:
¡cómo es bella y hermosa!

Digas tú, el marinero,
que en las naves vivías,
si la nave o la vela o la estrella
es tan bella.

Digas tú, el caballero,
que las armas vestias,
si el caballo o las armas o la guerra
es tan bella.

Digas tú, el pastorcico,
que el ganadico guardas,
si el ganado o las valles o la sierra
es tan bella.

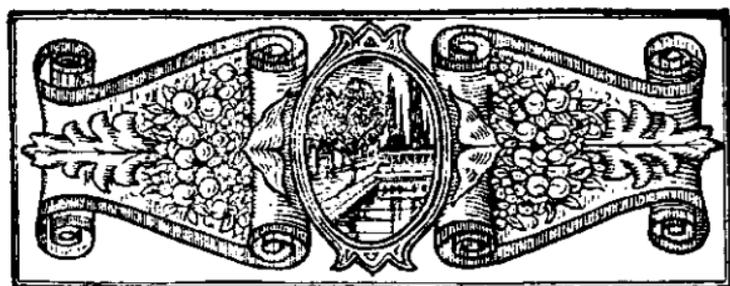
Isto bailado de terreiro de tres por tres: e por despedida o vilancete seguinte:

VILANCETE.

¡A la guerra,
caballeros esforzados;
pues los ángeles sagrados
a'socorro son en tierra.
¡A'la guerra!

Con armas resplandecientes
vienen del cielo volando,
Dios y hombre apelidando
en socorro de las gentes.
¡A'la guerra,
caballeros esmerados;
pues los ángeles sagrados
a'socorro son en tierra.
¡A'la guerra!

LAUS DEO.



COMEDIA DO VIUVO

FIGURAS

O VIUVO.

HUM PRADE.

MELICIA. ¹ filhas do Viuvo.

PAULA. ²

COMPADRE do Viuvo.

DON ROSVEL, príncipe dis-
farçado.

DON GILBERTO, seu irmão.

*A comedia seguinte tracta de un homem mercador, que mora-
va em Burgos, e tinha hũa muito nobre dona por mulher,
a qual fallecida da vida presente, lhe ficaram duas filhas;
hũa per nome PAULA, outra MELICIA; e de cõmo casarão.
Foi representada na era do Sennor de 1514.*

Entra principalmente o Viuvo dizendo:

VIUVO. Esta desastrada vida
 ; qué perdiera yo en perdella
 quando al mundo fué venida?
 Pues amara y dolorida
 es toda mi parte della;
 que perdí mujer tan bella
 como estrella:
 y pues triste me dejó,
 muriera mezquino yo
 y no ella.

Pluguiera a Dios que cupiera
la suerte suya por mía ;
pues quedé, que no debiera,
robada mi compañera,
consumida mi alegría.
Vida sin tal compañía
noche y día
me da tan triste cuidado
que jamás seré, cuitado,
el que solía.

Que acordarme su nobleza,
su beldad, su perfección,
sus mañas, su gentileza,
su tan medida franqueza
quebrántame el corazón.
¡ Oh qué humilde condición !
A la sazón,
¡ cuán callada, cuán sufrida,
toda plantada, ingerida
en descrición !

Alegre con mi alegría,
con mi tristeza lloraba ;
pronta a cuanto yo decía,
quería lo que yo quería,
amaba lo que yo amaba ;
toda su casa mandaba
y castigaba
sin de nadie ser oída,

ni de persona nacida
profazaba.

Amiga de mis amigos,
amparo de mis parientes;
muy humilde a mis castigos,
cruel a mis enemigos,
placentera a sus sirvientes;
tal que con fieras serpientes
impacientes
hiciera vida paciente:
no fué mujer más prudente
en las prudentes.

Enemiga de celosas,
de las castas compañera,
contraria a las maliciosas,
callada con porfiosas,
para virtud la primera;
muy honesta y placentera,
de manera
que nunca se desmedía,
sublimada en cortesía
verdadera.

Envidia ni hablaría
jamás la sentí ni oí;
y si mal de alguien oía
desculpaba y respondía
como si fuera de sí.
Pues que tanto bien perdí
¿por qué nací?

¡Oh, mujer, flor de las castas!,
¿dónde estás que tú te gastas
y a mí?

En el punto que partiste
no debiera quedar yo,
porque la vida que es triste
más muere quien la resiste
que el muerto que la dejó.
Aquel Dios que la llevó
pido yo
muerte luego por victoria,
pues la vida de mi gloria
ya pasó.

Vem hum FRADE a consolar o VIUVO, e diz:

FRADE. La gloria y consolación
d'aquel qu'es padre eternal
sea en vuestro corazón,
porque tenéis gran razón
de llorades vuestro mal.

VIUVO. ¡Oh, mi padre espiritual,
cuán mortal
hallaréis a vuestro amigo!
Por amparo y por abrigo
lloro tal.

Tal que nacer no debiera,
pues sabes cómo perdí
mujer tanto a mi manera.

FRADE. Quien perdió tal compañera

- que llore, digo que sí.
- VIUVO. ¡Oh cuán amiga de mí!
- FRADE. Bien lo vi.
- VIUVO. ¡Oh mi vida trabajada!
¡Ay de mi alma penada
y ay de ti!
- FRADE. Tomad un consejo, hermano,
deste amigo singular:
pensad cómo lo humano
unos tarde, otros temprano,
nacimos para acabar:
y todo nuestro tardar,
a buen juzgar.
por más trabajo se cuenta,
pues no se excusa tormenta
neste mar.

Quitad el luto de vos
y eses paños negregosos;
por cierto sabemos nos
negar los hechos de Dios
todos los que están lutosos.
Que se muestran soberbiosos
de quejosos,
cargados de paños prietos
repugnando los secretos
gloriosos.

Los que mueren por la ley
mueren con dulce victoria
por su ley y por su rey;

sólo con *memento mei*
son sus ánimas en gloria;
su muerte es tan notoria
de memoria
que el luto desbarata;
mas antes la escarlata
es meritoria.

Tristeza, fuerza es tenella
y lo al son desvarios;
y algunos bien sin ella
publican la su querella
en hábito de judíos,
son unos usos vasíos
y muy fríos,
e yerra quien lo consiente,
que quedó de la semente
de gentíos.

Y los que mueren honrados
como acá vuestra mujer,
contritos y confesados,
¿qué hace luto menester?
Lo que, hermano, habéis de hacer
ha de ser:
aquel Dador de las vidas
dalde gracias infinitas
con placer.

Vuestras hijas consolad
con gracia muy amorosa.
Vos, hermanas, descansad,

a Dios os encomendad
y a la Virgen gloriosa.
Inclinaos a toda cosa
virtuosa,
ternéis vida descansada,
que sin esto es la pasada
peligrosa.

Quedad con nuestro Señor.

VIUVO. Padre, quedo consolado.

FRADE. El vero consolador,
Christo, nuestro Redentor,
esfuerce vuestro cuidado.

PAULA. ¡Oh qué padre tan honrado!

VIUVO. Descansado
algún poquito me siento
y parte del pensamiento
me ha quitado.

Ora oídme, hijas mías:
la muerte, por mi ventura,
me llevó mis alegrías
porque no fuesen mis días
más de cuanto es la tristura.
Lo que más desasegura
mi holgura
temer daño que se os siga.
Esto hace mi fatiga
más oscura.

Porque esta vida engañosa
en la tierna mocedad

es tan peligrosa cosa,
que harto bien temerosa
está mi seguridad.
Acuérdenseos la honestidad
y claridad
de vuestra madre defunta;
y en tanta bondad junta
contemplad.

Vem hum seu COMPADRE, visita-lo, e diz:

COMPADRE. ¿Qué haces, compadre amigo?

VIUVO. Lo que quiere la tristura,
sin mujer y sin abrigo.

COMPADRE. Bien trocara yo contigo
si supiera tu ventura:
que tengo mujer tan dura
de natura,
que se da la vida en ella
mejor que en tierra de Estrella
la verdura.

PAULA. Mirad vos qué cosa aquella.

COMPADRE. Digo verdad, por mi vida.

MELICIA. Pues muy noble dueña es ella.

COMPADRE. Así me gozo yo en vella
no con vida tan complida.
Alma que no tiene salida
allí metida
ha de estar hasta mi padre:

gran invidia te he, compadre,
sin medida.

A la fe, dígame, amigo,
que te vino buena estrena:
eso haga Dios conmigo.

VIUVO. ¡Oh, calla, que soy testigo
que es gran mal perder la buena.

COMPADRE. ¿ Más cadena
quieres tú que el hombre tenga
que mujer con vida luenga
aunque rebuena?

No estés, compadre, triste
por salieres de prisión;
cuando tu mujer perdiste
entonces remaneciste,
mas fáltate el corazón.

VIUVO. Según va sin conclusión
esa razón,
tú estás fuera de ti
y aumentas más en mí
la pasión.

PAULA. ¡Oh, qué mala condición!

COMPADRE. Más es buena y muy real
porque yo tengo razón.

PAULA. Mas habla en ti Nerón
y parécete muy mal.

COMPADRE. ¡Si yo tengo un animal,
pese a tal,
y una sierpe por mujer,

y por más mi daño ser
es inmortal!

Tanto monta dar en ella
como dar nesa pared:
cuanto más riño con ella
tanto más se goza ella.
Para Dios me hacer merced
no tiene hambre ni sed;
más que una red
siempre harta y aborrida:
si esta vida tal es vida,
me sabed.

Cuando con ella casé
hallé, norabuena sea,
en ella lo que os diré:
cuando bien, bien, la miré
vile un rostro de lamprea,
una habla a fuer de aldea
y de Guinea
el aire de su meneo;
cuanto más se pon de arreo
está más fea.

PAULA. ¡Oh, calla, no digas eso,
que es mucho gentil mujer.

COMPADRE. No le visteis el avieso:
pone el blanco desto en grueso,
que diablo habéis de ver.
Dejemos su parecer
escaecer,

y vengamos a lo al.
No estará sin decir mal
y lo hacer.

Ella, por dame esa paja,
mete la calle en revuelta;
seso, ni sola migaja;
duena que se volveó graja
y anda en el aire suelta;
hállola muy desenvuelta
en dar vuelta
dende lo bueno a lo malo;
lleva infinito palo
nesta envuelta.

Si algo estoy de placer
dice que yerba he pisado;
si triste, quiérem comer.
Yo no me puedo valer;
así me trae asombrado.
Yo si trayo a mi cuñado
convidado,
muéstrame un ceño tamaño,
que me hace andar un año
renegado.

Miente que es cosa espantosa;
¡oh cuántas mentiras pega!
Muy porfiada y temosa,
soberbia, invidiosa,
siempre urde, siempre trasfiega;
su lengua siempre navega,

como pega,
para todo mal ardida;
si se halla comprendida,
luego niega.

PAULA. ¿Por qué deshonráis así
vuestra mujer?

COMPADRE. Porque es plaga
que desque la recibí
bien pueden decir por mí:
“El marido de la draga.”
No hay quien me deshaga
tan gran llaga,
de toda paz enemiga.
Por Dios, que no sé qué diga
ni qué haga.

Yo no la puedo trocar,
yo no la puedo vender,
yo no la puedo amansar,
yo no la puedo dejar,
yo no la puedo esconder;
yo no la puedo hacer
entender
sino que es ella una rosa
y que está muy desdichosa
en mi poder.

Y con todas sus traviesas
está tan llena de vida
que con dos bombardas gruesas
ni con lanzadas espesas

será en vano combatida.
VIUVO. ¡Oh mi mujer tan querida,
fallecida,
toda paz, sin nunca guerra,
no debieras de la tierra
ser comida!

Yo me voy hora a rezar
sobre aquella tierra dura,
la cual no puedo olvidar
hasta mi muerte acabar
este dolor sin ventura.

COMPADRE. No quiso mi desventura
tan oscura
que estotra fuera tras ella;
que yo le hiciera una bella
sepultura.

Y le hiciera resar
las horas de los dragones;
y le hiciera cantar
las misas so el altar
alumbradas con tizones,
ofertadas con melones
badeones,
todos lleños de cebada,
por incienso una ahumada
de bayones.

MELICIA. ¡Oh, Paula, hermana mía,
¿quién había de pensar,
cuando mi madre vivía,

que la vida que tenía
estaba para acabar!
PAULA. No ha hi que confiar
ni descansar
el que per reposo puna;
pues no se excusa fortuna
al navegar.

Ella muy devota era,
muy prudente y así regida;
yo no sé de qué manera
su muerte fué tan ligera
que improviso dió la vida.
A la muerte no hay guarida
conocida;
y quien mejor se guarece
no excusa, me parece,
la partida.

(DON ROSVEL, príncipe de Uxonia, se fez como trahador ignorante, e entrou acolhendose en casa.)

PAULA. ¿Qué buscáis?

D. ROSVEL. Véngome acá.

PAULA. ¿A qué?

D. ROSVEL. Vengo a quien quiera.

MELICIA. ¿Dónde eres?

D. ROSVEL. Soy de acullá,
del Villar de la Cabrera.
Llámanme Juan de las Brozas
de en cabito del lugar

- natural,
hermano de las dos mozas:
sé hacer priscos y chozas
y un corral.
- PAULA. Ora, pues, vete en buenhora.
- VIUVO. ¿Qué haces acá, porquero?
- D. ROSVEL. No soy, no.
- VIUVO. Pues ¿qué eres?
- D. ROSVEL. Juan de las Brozas,
ya per soy medio gaitero.
Hago notas y placeres
a las mozas.
- VIUVO. ¿Dónde eres?, di, amigo.
- D. ROSVEL. De mi tierra.
- VIUVO. ¿Qué lugar
es el tuyo?
- D. ROSVEL. No es mío, que es de un crigo,
que no tengo de negar
que no es suyo.
- VIUVO. ¿Quieres conmigo vivir?
- D. ROSVEL. Si me dais buena soldada,
trabajar;
yo bien tengo de servir
en ganado y en sembrada
y en cavar.
- VIUVO. Hagamos luego avenencia.
Está tú conmigo un año.
- D. ROSVEL. Bien será:
déjolo a vuestra conciencia:

- como vierdes que me amaño,
así pagá.
- VIUVO. Voyme a cas del sacristán
a pagalle las campanas
que tañó.
Quédate, hijo Juan.
- D. ROSVEL. ¿Ambas a dos sois hermanas?
- MELICIA. Creo yo.
- D. ROSVEL. Bien lo sé por mi ventura ;
que si yo no lo supiera
no penara :
ambas vi por mi tristura :
antes no nacido fuera
que os mirara.
- PAULA. ¡Jesú!, ¡Jesú!, ¡Jesú!,
más es esto que pastor.
- MELICIA. ¡Cómo!, ¡ay Dios!,
¡y nós llamámosle tú!
Decidnos, por Dios, señor,
¿quién sois vos?
- D. ROSVEL. Soy quien arde en vivas llamas,
pastor muy bien empleado
en tal poder,
por serdes, señoras damas
hermanas en dar cuidado
a mi querer.
- Pido a vuestra gran beldad
que no os turbéis, señoras,
por aquesto ;

que en guardar vuestra beldad
yo seré a todas horas
mucho presto.

No quiero sino miraros,
no quiero sino serviros
desta suerte;
y si os ofendo en amaros,
bien lo pagan los suspiros
de mi muerte.

Don Rosvel soy, generoso,
hijo de Duque y Duquesa,
muypreciado.

El amor es tan podroso
que me trujo a la defesa
con cayado.

Mándame ser alquilado,
ansí lo tengo por gloria
y lo quiero,
sin ser de vos remediado
ni querer nunca victoria,
ni la espero.

MELICIA. Cuantá yo, no sé qué diga.

PAULA. Nunca tal se acaeció,
por mi fe.

¡Tal señor en tal fatiga!

D. ROSVEL. Que no quiero ser yo, no;
ya me troqué:
desde el día que os miré
de tal suerte me prendisteis

improviso,
que mi muerte ya la sé;
y pues que vos me la disteis,
es paraíso.

Soy vuestro trabajador
como son los alquilados:
más no soy;
¡dejadme morir pastor,
llorando por los collados
dende hoy!

No sepan parte de mí:
don Rosvel no quiero ser
ni por sueño;
que otro soy des que os vi,
y por vos es mi placer
tener dueño.

PAULA. La merced que nos haréis,
que somos huérfanas, señor,
y sin madre,
que os vais y nos dejéis:
no matéis al pecador
de mi padre.

MELICIA. No queremos tal criado,
ni queremos tal vaquero
ni pastor.

D. ROSVEL. No quiero tan alto grado;
hacedme vuestro porquero,
que es menor.

PAULA. ¿Por cuál de nos lo habéis vos?

D. ROSVEL. Dos amores se ayuntaron
contra mí;
los males de dos en dos
mi cuerpo y alma cercaron
cuando os vi.
De dos en dos los dolores
dos saetas en mí siento
y me hirieron:
¡ay!, ¡que juntos dos amores
en un solo pensamiento
no se vieron!

Vem o VIUVO.

D. ROSVEL. Nuestramo, ¿venís cansado?

VIUVO. Mas antes mucho contento
del casal,
porque de jo concertado
para Paula un casamiento
muy real:
y aun Melicia esta semana
le espero de dar marido
de hazaña.
¿Lloras?

D. ROSVEL. Lloro una hermana
que poco ha se ha morido
supitaña.

Quiero llevar el ganado
a unos valles sombríos
y tristofños,

donde se harte el cuitado
de oír los gritos míos
muy medoños.

VICUVO. Limpia el establo primero
y lleva el estércol luego
al linar.

D. ROSVEL. Que me place, eso quiero.
Acábame ya, triste muerte,
de matar.

A todos das sepultura,
muerte, dime qué es de ti,
que te amo
y por mi gran desventura
tú te haces sorda a mí
que te llamo.
Pues mi ánima se enoja
con las tristes ansias mías
tan penada.
rasgada sea la hoja
do están escritos mis días
y quemada.

¡Oh, por Dios, lindas señoras,
en este trance penado
tan mortal,
no os mostréis consentidoras,
ni vea yo, desdichado,
tanto mal!

PAULA. No os matéis sin por qué,
que muy fuera estamos deso

y bien frías.

D. ROSVEL. ¡Oh, preciosa mercé!
¿Cuándo serviré yo eso,
diesas mías?

(Andando DON GILBERTO, irmão de DON ROSVEL, corriendo o mundo, em busca de seu irmão, por incultas veio ter com elle, e vendo-o lhe diz:)

GILBERTO. ¡El Señor sea loado
y toda la Corte del Cielo,
pues mi hermano y mi consuelo
tengo hallado!
Todo el mundo he buscado
por hallarte muerto o vivo,
o si eras libre o cautivo,
o desterrado.

D. ROSVEL. Mi padre y madre ¿son vivos?

GILBERTO. ¿Vivos? De lloros dolientes
diéronle mil accidentes
tus motivos.
Están tristes, pensativos,
no sabiendo qué es de ti,
y salen fuera de sí
con gemidos.

D. ROSVEL. Contarte he de mi venida
en dos palabras no más,
porque luego sentirás
mi fatiga.
Estas diesas de la vida,

reinas de la fuerza humana,
me prendieron de mi gana
oferecida.

No digo ser su vaquero,
más merece su valor :
ser un grande emperador
su porquero.

Hermano, yo te requiero,
por la mucha virtud de ellas,
que nos casemos con ellas.
Yo primero.

Toma ésta por mujer
y a mí darás la vida
y ternás mujer nacida
a tu placer.

Quien casa por solo haber
casamiento es temporal.

GILBERTO. Como a hermano especial
lo quiero hacer.

(Tomou DON ROSVEL a PAULA pola mão e DON GILBERTO a MELICIA. E neste passo veio o pac dellas.)

GILBERTO. Señor, vuestro yerno so.

D. ROSVEL. E yo vuestro yerno e hijo:
Dios y la ventura quiso
y también yo.

VIUVO. ¡Loado y glorificado
sea nuestro Dios podroso
que me hizo tan dichoso

y descansado!
Caso bienaventurado
por mi consuelo acaecido,
sin tenelo merecido
ni soñado.

(Vão-se as moças vestir de festa, e vem quatro cantores e andarão hum compasso ao som desta)

CANTIGA.

Estanse dos hermanas
doliéndose de sí;
hermosas son entrambas,
lo más que nunca vi.
¡Hufa!, ¡hufa!
A la fiesta, a la fiesta,
que las bodas son aquí.

Namorado se había dellas
don Rosvel Tenorí:
nunca tan lindos amores
yo jamás contar oí.
¡Hufa!, ¡hufa!
A la fiesta, a la fiesta,
que las bodas son aquí.





JUAN DE LA CUEVA

COMEDIA DE LA MUERTE DEL REY DON SANCHO Y RETO DE ZAMORA POR DON DIEGO ORDOÑEZ

ARGUMENTO DE LA COMEDIA

Muerto el Rey DON FERNANDO, primero deste nombre, succdió en el reyno de Castilla DON SANCHO su hijo, el qual, queriendo quitar a su hermana DOÑA URRACA la ciudad de Zamora, que su padre le avía dexado, le puso cerco. Y andando un día solo mirando la dispusición del lugar y sitio, salió de Zamora VELLIDO DOLFOS, y puesto delante del REY le prometió que él le daría la entrada en Zamora. Y aunque desde el muro avisaron al REY que se guardase de VELLIDO, no fué parte para que dexase de hacer confianza dél: y así se fué el REY con él y siendo aquejado el REY de una necesidad forzosa, dexándole su caballo y un venablo, se apartó y viendo el traidor de VELLIDO descuidado al REY, le dió con el venablo que lo atravesó de una parte a otra y subiendo en el caballo del REY, huyó para entrarse en Zamora. Fué seguido del CID hasta la puerta, donde, siendo alcanzado dél, le mató el caballo y el VELLIDO se entró en la ciudad, y vuelto el CID a donde el REY estaba, fué llevado a su tienda, a donde luego murió. Sobre lo cual DON DIEGO ORDOÑEZ DE LARA, primo del REY retó a los zamoranos de traidores. ARIAS GONZALO, un

caballero de Zamora, ayo de la infanta DOÑA URRACA, salió al reto y enciando tres hijos a combatir con DON DIEGO ORDÓÑEZ, fueron todos tres muertos del DON DIEGO, uno a uno, en el combate y el postrero siendo herido de muerte, dió al caballo de DON DIEGO una herida en el rostro que, sin poder detenerlo, disparó y sacó de la raya o límite donde combatían. Por lo cual dieron la gloria del vencimiento a DON DIEGO ORDÓÑEZ y a Zamora por libre de la traición que le fué impuesta.

Esta farsa fué representada por primera vez en Sevilla, año de 1579, siendo asistente della don Francisco Zapata de Cisneros, conde de Barajas. Representóla Alonso Rodríguez, autor de comedias en la huerta de doña Elvira.

PERSONAS DESTA COMEDIA

REY DON SANCHO. CID RUIZ DÍAZ. VELLIDO DOLFOS. DOÑA URRACA, <i>hermana del Rey</i> . ARIAS GONZALO. GUARDA. VELA.		SOLDADO. CONDE DE CABRA. DON DIEGO ORDÓÑEZ. JUEZ DE ZAMORA. PEDRO ARIAS. DIEGO ARIAS. RODRIGO ARIAS.
---	--	--

ARGUMENTO DE LA

PRIMERA JORNADA

Cercada Zamora, envía el REY DON SANCHO al CID con un recaudo a la infanta DOÑA URRACA; llega el CID al muro de ZAMORA, habla con las guardas, sale ARIAS GONZALO y la INFANTA, dales el recaudo del REY demandándole a Zamora: sale VELLIDO DOLFOS, viencese al real, ofrécese al REY de darle a Zamora, avísante desde el muro que se guarde de VELLIDO: vuelve el CID con la respuesta de la IN-

FANTA; *áirse el REY contra el CID, mándale que se vaya; quédase solo con VELLIDO, atraviésalo con un venablo; llega el CID, va tras de VELLIDO, mántale el caballo; éntrese en Zamora el traidor; vuelve el CID, lleva al REY al real, adonde luego muere.*

CID. Excelso Rey, en nombre tuyo he sido
citado, que viniese a tu presencia,
en la cual puesto humilde, estó ofrecido
a tu querer, constante en mi obediencia.

REY. Gran Cid, de quien el Bárbaro atrevido
teme y huyendo con infame ausencia
desocupa los límites de España
que ya opresó, y agora no los daña,
bien instruído estás cuánto cuidado
cuánto desseo enciende el alma mía
verme dentro en Zamora sosegado,
puesto ya fin a la inmortal porfía;
deste desseo soy tan instigado,
que ni en la oscura noche o claro día,
cuando todos se entregan al reposo,
no sé tener descanso ni reposo.

 Querria, pues ves esto, que al momento
volvieses a Zamora, y de mi parte
a doña Urraca digas que yo intento
administrar el gran furor de Marte;
si luego, sin ningún impedimento,
no fija en su alto Alcázar mi estandarte,
con muerte horrible asaltaré su muro

- y a nadie esentaré el castigo duro.
- CID. Poderoso señor, yo parto luego
poniendo en todo diligencia presta.
- REY. No cabrá en mi contento ni sosiego
hasta que vuelvas y oiga tu respuesta.
- CID. ¡Oh cudicia de aqueste mundo ciego!
¡Oh ciego el que en el alma tiene puesta
tu ponzoña, y siguiendo tal camino,
traspasa el fuero humano y el divino!
Muerto el rey don Fernando, dió a la
doña Urraca, su hija, la tenencia [infanta
de Zamora, y no fué hacienda tanta
que a sus hermanos ponga en diferencia.
Y el que más entre todos se adelanta
y más muestra su grande inobediencia
contra el paterno y piadoso mando
es don Sancho, el mandato derogando.
- GUARD. ¿Quién vive, quién llega al muro?
Hable o deténgase afuera,
porque de la muerte fiera
entienda no estar seguro.
Si trae alguna embajada
dé razón a lo que viene,
y si no, la muerte tiene
por respuesta aparejada.
- CID. Guarda, el que viene es amigo,
y es Rodrigo de Vivar,
a quien Cid soléis llamar,
y no es ningún enemigo.

Diréisle de parte mía
a la Infanta, mi señora,
que quiero entrar en Zamora
si de mi entrada se fia.

GUARD. ¡Ah, vela la del castillo!
Decid que el Cid está aquí.
¿Oisme? ¡Hola! Acudí.

VELA. Ya os oigo, ya vo a decillo.
¡Hola, guarda! Que al momento
mandan que le den la entrada
sin que se la impida nada.

GUARD. Que haré su mandamiento.

A. GONZ. Fuerte muro de Castilla,
¿qué quieres destes cercados
tan crudamente tratados
qual ya ves nuestra mancilla?
Si vienes a ser reparo
de la Infanta que criaste,
por quien al padre juraste
ser su defensa y amparo,
agora es tiempo oportuno;
que se ve tan oprimida,
que si no es perder la vida,
no le falta mal ninguno.

D.^a URR. ¡Ay, Rodrigo! ¡Quién creyera
que un dolor tan excesivo,
teniéndote yo a ti vivo,
el alma me poseyera!
Di, ¿cómo se sufre agora

que estando tú de mi parte,
pueda haber fuerza ni arte
de quitarme a mí a Zamora?
¿Dó tu bondad? ¿Dó tu fe?
¿Dó está el juramento hecho?
¿Dó el gran valor de tu pecho,
so cuyo amparo quedé?

En tan extraña maldad,
¿no son mis ruegos oídos?
Rodrigo, a muertos y a idos
¿no hay memoria de amistad?
No sé que pueda ser cierto
que a mi llanto seas esquivo,
sino que por el Rey vivo
no te acuerdas del Rey muerto.

¿Tanto puede la privanza
de mi hermano y su favor
que pospongas el amor
de mi padre en tu crianza,
y que, olvidándote así,
por dádivas prometidas
olvides las recibidas
de a quien debes más que a ti?

CID.

Señora, sosiega el llanto;
limpia tus húmidos ojos,
que el remedio a tus enojos
no está en afligirte tanto.
Que por la fe prometida
a tu padre y mi señor,

que no es menor mi dolor
que el que te trae afligida.

Y porque tengo entendido
que estoy de mí satisfecho,
no quiero en aqueste hecho
satisfacer mi partido,
sino darte mi embajada
cual el Rey me lo mandó,
y en su nombre te la do,
sin quitar ni poner nada.

El cual dice que ha enviado
muchas veces a rogarte
que permitas desviarte
de tan dañoso cuidado.
Y que le des a Zamora
libre, y él te dará en trueco
a Medina de Rioseco,
de que te hace señora.

Date desde Villalpando
a Valladolid, y sin esto,
el infantazgo, y sobre esto,
de Tiedra te dará el mando.
Y que si no vienes luego
en lo que pide, te jura
que te ha de dar muerte dura
y meter tu tierra a fuego.

A Dios pongo por testigo
si a tal quisiera venir;
mas puédeseme decir:

“Mensajero sois, amigo.”

Que bien saneado estó
que dirán de mi llegada:

“Aunque traéis la embajada,
no merecéis culpa, no.”

D.^a URR. Cuando don Sancho haya hecho
lo que promete en mi tierra,
y haya ganado por guerra
lo que no por buen derecho,
yo espero en el justo Cielo
que ha de usar de su piedad
y castigar tal maldad,
pues falta quién en el suelo.

Y a lo que dices, Rodrigo,
de lo que en trueque me manda,
di que cese su demanda
y use ya de su castigo.
Que a Zamora en tal desmán,
cuando él viniese a ofendella,
caballeros hay en ella
que se la defenderán.

CID. ¿Al fin conciuyes, señora,
que a Zamora no has de dar?

D.^a URR. No se la pienso entregar,
sino morir en Zamora.

CID. Pues, dándome tu licencia,
me parto con tal recado.

D.^a URR. Cid, lo dicho es decretado
por inviolable sentencia.

CID. Pues el Cielo sea en tu amparo.

D.^a URR. El mesmo vaya contigo
y alumbre aquese enemigo
ciego, tirano y avaro.

A. GONZ. No puede serle gustosa
a don Sancho la respuesta,
y así su venida es presta
ardiendo en saña furiosa.

Recógete, que yo quiero
recorrer el muro luego;
que no es bien tener sosiego
quien espera asalto fiero.
Y ten firme confianza
que contra tan gran ofensa
Dios ha de ser tu defensa
y El te dará la venganza.

VELL. ¿Tal sinrazón, tan bárbara cruera,
tal inhumanidad, tal tiranía,
tal insulto se sufre y tal fiereza?
¡Oh, justísimo Cielo, tú nos guía
por donde reparemos nuestra suerte
del Rey, severo en su inmortal porfía!

Ya ves que a todos nos condena a muerte,
levantando con ira y gran pujanza
la tiránica espada y brazo fuerte.

Contra el Rey crudo intento la venganza;
él, que es caudillo de la vil hazaña,
él pague, él ensangriente aquesta lanza.

¡Limpiemos de tal monstruo nuestra Es-
[paña!

REY. La tardanza del Cid me da cuidado.

VELL. Inclito Rey, a quien la fama muestra
por todo el orbe con excelso canto
ser tu heroica virtud y fuerte diestra
terror al mundo y general espanto.
Vellido soy, y tráeme mi siniestra
suerte a pedir remedio a mi quebranto
y a seguir tu bandera levantada,
temiendo el filo de tu aguda espada.

GUARD. Rey, ¿qué prendas de amistad
tienes de aquese traidor?

Echa por bando preciso
al traidor de aquese rancho;
rey don Sancho, rey don Sancho,
no digas que no te aviso.
Y porque estés advertido
te vengo a avisar agora
que del cerco de Zamora
un traidor había salido.

Si de ti no es conocido
ni a ti ha llegado su fama,
Vellido Dolfos se llama,
hijo de Dolfos Vellido.
¿Sabes, Rey, por qué me ahinco?
Porque ese tu amigo estrecho
cuatro traiciones ha hecho
y con ésta serán cinco.

Este consejo te cuadre,
mira bien lo que te digo,
no venga aquesa tu amigo
la maldición de tu padre.
Y si admitido no fuere
esto que te digo agora,
no te quejes de Zamora
si algún mal te sucediere.

VELL. ¿Oíste, Rey excelente?

Aquel dañoso blasón
tan falso, ¿cómo es razón
que te sirva fielmente?
Esta es astucia y concierto
de aquel viejo Arias Gonzalo,
que piensa que hacerme malo
lo libra de verse muerto.

Pues entiende, gran señor,
que temiéndose de mí,
me quiere quitar de ti
con nombre y voz de traidor.
Y porque su prosupuesto
entiendas que falso, juro
de darte entrada en su muro,
con que habrá fin todo aquesto.

CID. Poderoso señor mío,
tu recaudo di en Zamora
a la Infanta, mi señora,
y respondió con desvío:
que te diga de su parte

que uses de tu violencia,
porque no habrás la tenencia
de Zamora de otro arte.

REY. ¡Que con tan grande osadía
se atrevió a dar tal respuesta!

CID. Señor, ella está dispuesta
de morir en su porfía.

REY. Sí hará, y junto con ella
meteré el pueblo a cuchillo;
veré si hay en su caudillo
valor para defendella.

CID. Si mi consejo se admite
señor, yo doy parecer
que tal no quieras hacer
porque tanto mal se evite.
Mira, señor, que no es justo;
mira bien que es inhumano
matar la hermana el hermano
sin más causa que su gusto.

Ablanda tu crudo pecho;
mueva tu soberbio intento
la fuerza del juramento
que a tu padre tienes hecho.
Y si las cosas del suelo
menosprecias, ten memoria
que si desto has la victoria,
hay quien te juzgue en el Cielo.

REY. ¿Aquese es tu parecer?
Rodrigo, ¿aqueso me dices?

Pues lo que me contradices
eso quiero y ha de ser.

Y hasta querello yo
para que tí lo obedezcas.

CID. Señor, no te ensoberbecas
de lo que diciendo estó.

VELL. Señor, lo que prometí
de cumplirlo te aseguro;
vamos cercando este muro
do verás lo que ofrecí.
De aquella parte de Duero
es lugar inexpugnable;
désta es algo más tratable
yendo por este sendero.

Allí verás un postigo
desproveido de gente,
que la entrada fácilmente
nos da contra el enemigo.
Demos el primer asalto
por él, porque yo sé cierto
que al primer golpe es abierto,
que está de defensa falto.

REV. Flaco y bajo está este muro;
por aquí lo batiremos
y el postigo asaltaremos,
que es camino más seguro.
Tenme este caballo aquí
y en este sitio me aguarda
y este venablo me guarda

mientras que m'aparto allí.

VELL. Bien te encamina mi hecho.
 ¡Oh Cielo, agora tu ayuda
 en este paso me acuda
 y librame de este estrecho!
 La justa causa que tengo
 rige aqieste brazo fuerte
 a dar al Rey fiera muerte
 con que a doña Urraca vengo.

Pague su ciega codicia
 y páguela por mi mano;
 muera el injusto tirano
 y viva nuestra justicia.
 Seguro está y descuidado:
 de la venganza estoy cierto.

REY. ¡Ay, traidor!, ¿por qué me has muerto?

VELL. Por quedar de ti vengado.

CID. Vellido, ¿dónde está el Rey?

VELL. Aquí estaba, allí fué cierto.

CID. ¿Dónde? ¡Oh traidor, que lo has muerto
 sin clemencia y contra ley!

No te escaparás de mí
 aunque apresures el vuelo.
 ¡Ay de mí! ¡Ay crudo Cielo!,
 ¿Quién me lo ha quitado así?
 Rey y señor. ¿qués aqiesto?,
 ¿Quién te trató desta suerte?

REY. Vellido m'a dado muerte.

CID. ¡Ay, Dios! ¿Y tú sufres esto?



“¡Ay, traidor!, ¿por qué me has muerto?”

Envía, gran Dios, venganza
contra tan terrible hecho.

REY. Rodrigo, ya es sin provecho;
ya no es buena la tardanza.

Llévame de aquí al real
para que ordene mi alma;
goce siquiera esta palma,
pues ya me siento mortal.

CID. ¡Ah, los del real, vení,
vení por vuestro señor,
muerto a manos de un traidor;
vení, no se muera aquí!

SOLD. Gran Cid, ¿qués lo que nos mandas?

CID. Que de aquí llevemos luego
nuestro Rey, nuestro sosiego,
no con triunfo, mas en andas.
Veamos si se remedia
su vida con medio humano,
si no vuelve el hado insano
nuestro gozo en tal tragedia.





ARGUMENTO DE LA
SEGUNDA JORNADA

Acuerdan los grandes de Castilla para la venganza de la muerte del REY DON SANCHO que los zamoranos sean retados por traidores; habido su acuerdo sobre ello, DON DIEGO ORDÓÑEZ DE LARA, primo del REY DON SANCHO, se encarga del reto; llega al muro y llamado ARIAS GONZALO, retó de traidores a todos los de Zamora; ARIAS GONZALO responde al reto, y para dar orden en el modo de la batalla, asientan treguas para que se señalen juces de entrambas partes.

D. DIEGO. Si la justicia me ayuda,
pues la tengo de mi parte,
no temo el furor de Marte,
aunque contrario me acuda.

Este es el muro. ¡Ah, soldado!

GUARD. ¿Quién llama? ¿Qué demandáis?

D. DIEGO. ¿Sois el que el muro guardáis?

GUARD. Sí soy.

D. DIEGO. Pues levá un recado.

A Arias Gonzalo decí
que a hacer su maldad clara
don Diego Ordóñez de Lara
viene; que se pare ahí.

- GUARD. ¡ Ah, guardas, apercibidas
 estad; velad a Zamora;
 n'os descuidéis, que ya es hora
 que se sientan las heridas.
- A. GONZ. ¿ Quién me busca o qué buscáis,
 caballero castellano,
 que así al muro zamorano
 tan sin temor os llegáis?
- D. DIEGO. A lo que yo vengo agora,
 por donde mi gloria ensancho,
 por muerte del rey don Sancho,
 a retar los de Zamora.
 Oiganme todos, que a todos
 reto y llamo de traidores:
 a los siervos y señores,
 sus vidas, artes y modos.
- Porque en tratos tan nocivos
 y en tan dañosos conciertos
 fueron, yo reto a los muertos
 y reto a todos los vivos.
 Rétoos como a fementidos,
 traidores a vuestro Rey
 las armas, pues contra ley
 sois con ellas defendidos.
- Rétoos también los caballos,
 vuestro brío y ardimiento,
 y reto el mantenimiento
 con que podéis sustentallos.
 Rétoos las hierbas y prados,

vuestras haciendas y tratos,
hasta los perros y gatos,
aves, aguas y ganados.

Reto el paño que os vestís,
el pan con que os sustentáis,
la luz con que os alumbráis
y el aire con que vivís.
Rétoos las piedras del muro
que os defiende, y reto el fuego
que os calienta, y yo don Diego,
todo lo retado juro.

Y en aqueste campo armado
lo sustentaré, y aguardo
que salga el que es más gallardo,
más fuerte y más estimado.
Que lo dicho retifico
y digo que sois traidores,
de la maldad sabidores
y al hecho la espada aplico.

A. Gonz. Don Diego, tú has dado muestra
de pasión y poco seso,
pues la culpa del exceso
has echado a cuenta nuestra.
Y en lo que en esa maldad
cometió el traidor Vellido
hablaste como atrevido,
mas no dijiste verdad.

Que nunca los de Zamora
consintieron en tal hecho,

y así tienen su derecho,
salvo del reto de agora.
Mas aunque el hecho no toca
a nosotros, y esto es cierto,
tu atrevido desconcierto
a responder nos provoca.

Y quiérote declarar,
por ser en edad más viejo,
que aquel que reta Concejo
con cinco ha de pelear
y hase de entender aquesto:
quel retador combatiendo
si vence, ha de ir sucediendo
el uno al otro en el puesto.

Y si, sin dejar ninguno,
los mata a todos, alcanza
el premio de su esperanza
si no queda vivo alguno.
Tú nos retas, yo lo aceto;
aprecíbete al combate,
que quien sin razón combate
morirá, cual tú en tu reto.

D. DIEGO. Ese modo de batalla
no ha llegado a mi noticia;
póngase el caso en justicia
si ese es fuero que se halla,
y salgan seis zamoranos
que la sentencia declaren
y el uso en esto me aclaren,

JUAN DE LA CUEVA

y otros tantos castellanos.

- A. GONZ. Sea así, apercibe luego
dar treguas por nueve días;
veráse lo que pedías
por justicia y con sosiego,
y dame desto seguro
para que pueda salir.
- D. DIEGO. Yo le doy, bien puedes ir
y mi fe te sea el seguro.





JORNADA TERCERA

D. DIEGO. Por nueve días fueron concedidas,
senado ilustre, al zamorano viejo
las treguas que con éste son cumplidas,
desde el reto que hize a su Concejo,
y habiéndome, con leyes no entendidas
de mí, dado respuesta, me aconsejo
con vos qué ley es ésta, si es usada
por los fueros de España, o si inventada.

A. GONZ. Sobre el reto que injustamente ha sido
hecho a Zamora deste castellano
vengo, alto concilio esclarecido,
a poner mi justicia en vuestra mano.

CID. El caso será visto y entendido,
Arias Gonzalo, noble zamorano,
y visto bien, daremos el acuerdo
conforme al fuero y parecer más cuerdo.

A. GONZ. Bien saneado estoy, bien satisfecho,
que donde hay valor tan excelente
será guardado bien nuestro derecho
y visto nuestro caso rectamente.
Esto quieta el conturbado pecho
que en ira arde porque en sí no siente
culpa por donde ultraje tal padezca
y su antigua nobleza y ser perezca.

CID. Vista la causa y bien considerada de todo este senado, dan sentencia que la ley del retado sea guardada con eterna observancia y obediencia, y manda al retador que con espada, con escudo, con lanza, en competencia entre con cinco, sucediendo el uno al otro, sin dejar su lid ninguno.

Si no fuere que muerto o derribado desde el palenque el retador cayere o de la raya o límite sacado, o de fuerza, o de grado, o como fuere; en tal caso, el combate es acabado mas si el que en la lid entra feneciere, así ha de ir combatiendo de uno en uno a todos, sin dejar sin lid ninguno.

Este parecer dan los castellanos y éste don Diego ha de guardar por fuer-

JUEZ. Ese pedimos nós los zamoranos. [za.

D. DIEGO. Pues ese a mi deseo el hecho esfuerza.

A. GONZ. Dejemos ya razones y las manos den claro testimonio de la fuerza de mi verdad, haciéndote, don Diego, que la conozcas, aunque estés más ciego.

D.^a URR. Arias Gonzalo, ¿qué es esto?
tus canas pones agora
contra el reto de Zamora?
¿Tu edad pide aqueste puesto?
No es tu persona obligada

a ese reto, ni él te obliga
a vestir fuerte loriga
ni a ceñirte aguda espada.

Deja, deja, padre amado,
la espada, deja el arnés,
déljalo, que tu vejez
te tiene ya jubilado.

Si nada mi ruego presta,
ni de tu intento te saca,
considera a doña Urraca
sin ti y en tal fuego puesta.

Mira mi rostro herido
con mis manos crudamente,
y si de ti no se siente
estás fuera de sentido.

Mira esparcidos al viento
mis cabellos, oye el llanto
triste, siente mi quebranto,
duélate el dolor que siento.

Esta obligación es tuya,
morir o no me dejar,
y así he de ir o has de quedar
porque nadie no te arguya.
Y si no quieres llevarme,
por ser mujer y sin fuerza,
contigo he de ir por fuerza
o has de quedar a ampararme.

A. GONZ. Señora, ¿por qué permites
estorbarme esta jornada?

¿De mí estás desconfiada?
¿De mí tal flaqueza admites?
No es hazaña ésta tan alta
que te cause alteración,
porque suple el corazón
adonde la fuerza falta.

D.^o URR. Estas lágrimas sean parte
para enternecer tu pecho,
que no es de diamante hecho
que no podrán ablandarte.
No seas cruel cuchillo
que fin triste dé a su vida;
sea de ti defendida,
pues has sido su caudillo.

A. GONZ. Pues no puedo disponer
a lo que el deseo me pide,
que tu mandado me impide
lo que a fuerza he de hacer,
don Diego, ponte en el puesto;
ve al palenque, aguarda fiero,
que yo te enviaré un guerrero
cual tú y no menos apuesto.

D. DIEGO. Arias Gonzalo dice que le aguarde
en el palenque; allá voy a aguardallo;
no entienda que el no ir es de cobarde,
el punto que me dice qu'es honrallo.
Venga el que envía, que aunque viene tar-
de tal suerte confío en Dios tratallo [de,
que ojos que le ven venir agora

jamás su vuelta vean en Zamora.

A. GONZ. Hijos, regalo de la vida mia,
y vida de mi alma, estad conmigo;
que el tiempo es breve y no me permitía
más espacio, que os llama el enemigo.
Ya sabéis vuestra infamia; est'es el día
último en que habéis de dar castigo
al que nos ha llamado de traidores
y en donde mostraréis vuestros valores.

No hay para qué traer a la memoria,
hijos de mis entrañas, la injusticia
que se nos hace, siendo tan notoria
que a Dios demanda a voces la justicia.
El os promete cierta la victoria,
despojando al cruel que la codicia;
vamos, hijos, que ya el hablar es vano,
porque yo quiero armaros de mi mano.

CID. ;Qué gallardo y brioso está don Diego,
lleno de furia y de coraje horrible,
sin descansar ni recibir sosiego,
deseando la lid fiera, terrible!
Por los ojos parece lanzar fuego:
su denuedo promete lo imposible;
mira a Zamora, increpa la tardanza,
blandiendo apriesa la fornida lanza.

A. GONZ. Hijo, ya vas instruído
de lo que debes hacer,
que es morir, y no volver
con renombre de vencido.

Ve Pedr'Arias a entregarte
al furor del enemigo;
hijo, Dios vaya contigo;
hijo, Dios sea en ayudarte.

P. ARIAS. Lo que toca a ser quien soy
eso por mi cuenta va;
que mi valor mostrará
lo que debe mostrar hoy.

D. DIEGO. En coraje estoy ardiendo.
¡Ah, retado zamorano!

P. ARIAS. ¡Ah, retador castellano,
ya estoy tu reto cumpliendo!
En el palenque nos vemos,
don Diego, donde bien presto
te ha de pesar verte puesto.

D. DIEGO. ¿Para qué hablas? Obremos.
Creo qu'el lidiar dilatas
por ver si querrá tu suerte
que vengan a socorrerte
y entretienes con bravatas.

Pues sólo Dios será parte,
traidor, para darte vida.

P. ARIAS. Por maldad tan conocida
el Cielo ha de castigarte.

D. DIEGO. ¿Tiemblas ya, vil zamorano?
deste encuentro que te di?

P. ARIAS. ¿No huyes del que acudí,
temeroso castellano?

D. DIEGO. Pues no lo sufrió la lanza,

la espada hará el efecto.

P. ARIAS. Pues con ella te prometo
dar a Zamora venganza.

D. DIEGO. Este golpe ¿ha sido bueno?
Ríndete, que estás vencido.

P. ARIAS. Muerto, sí, mas no rendido,
aunque estoy de vida ajeno.

D. DIEGO. ¡Ah los que estáis en Zamora!
Enviá otro defensor,
qu'este ya rindió el valor.

A. GONZ. ¡Ay, triste! ¡Ay, funesta hora!
Aguardá, aguardá, don Diego.
Diego Arias, salí al momento,
qu'el enemigo, contento,
hace de mí escarnio y juego.

Tomá la lanza en la mano,
presto salid de Zamora,
y vengad en esta hora
a Zamora y vuestro hermano.
Vaya el Cielo en vuestro amparo.

D. ARIAS. Padre, tened esperanza,
que ya os daré la venganza
si el Cielo no me es avaro.

Don Diego, ¿estás satisfecho?
El final punto es llegado
do al retador el retado
satisfará con el hecho.

D. DIEGO. Tú verás lo que granjeas
en esta mercadería;

que éste es el último día,
triste, en que tu muerte veas.

D. ARIAS. Esta ha de ser quien lo haga.

D. DIEGO. Pues esa será tu muerte.

D. ARIAS. Ese encuentro ha sido fuerte.

D. DIEGO. Pues deste habrás mortal paga.

No vayas atrás, aguarda.

D. ARIAS. No huyas tú, que yo aguardo,

qu'en la ocasión no acobardo,

que tu espada no acobarda.

D. DIEGO. ¿No? Pues ¿cómo caes tan presto?

¿Esa es toda la braveza?

¿No hay brío ya, no hay fiereza?

¿Ya estás tendido en el puesto?

¡Ah del muro! Otro guerrero

enviad que sea más fuerte,

que pueda vengar la muerte

del segundo y del primero.

A. GONZ. ¡Oh duro y soberbio trance!

Cielo, ¿tan gran injusticia

hay? ¿Que venza la malicia

y yo justicia no alcance?

Rodrigárias, ya es el día

en que os conviene vengar

los hermanos y librar

nuestra patria y honra mía.

Presentaos al enemigo;

velde la espada en las manos

sangrienta en vuestros hermanos;

dalde dello el cruel castigo.
Enciéndaos el corazón
su muerte y vuestra memoria,
y el Cielo os dé la victoria
como tenéis la razón.

R. ARIAS. Seguro voy, padre caro,
en la justicia que tengo,
que ver.garé, pues que vengo,
lo que ha hecho el Cielo avaro.
Aspero y cruel tirano,
que tan confiado estás,
con muerte me pagarás
la del uno y otro hermano.

D. DIEGO Esta será la respuesta ;
porque así verás, cobarde,
que aunque a venir fuiste tarde,
verás presto muerte presta.
¿Cómo te fué deste encuentro?

D. ARIAS. Y tú, ¿qué sientes del mío?
¿Vate faltando ya el brio?

D. DIEGO. Es muy flaco ese rencuentro.

R. ARIAS. Veamos, pues, con la espada
si resistes mi denuedo.

D. DIEGO. Rodrigarias, ¿ese es miedo?

R. ARIAS. Miedo en mí no tiene entrada.
¿Cómo te vas retrayendo!
Aguarda, no huyas tanto ;
don Diego, deja el espanto,
no vayas así huyendo.

- D. DIEGO. Pues agora lo verás:
resiste este golpe fiero.
- R. ARIAS. ¡Ay, Dios mío, en quien espero!
- D. DIEGO. Muerto en tierra quedarás.
El caballo en presto vuelo,
con furia desenfrenada,
me saca de la estacada;
mas dél me arrojaré al suelo.
- JUEZ. No entréis; deteneos, don Diego,
que del palenque salistes
y al enemigo huístes.
- D. DIEGO. Lo uno y lo otro niego.
- JUEZ. ¿No es aquesta la señal?
¿No estáis fuera della puesto?
Pues si estáis fuera del puesto,
que huístes es señal.
- D. DIEGO. ¡Afuera los de Zamora!
nadie me estorbe la entrada.
- JUEZ. De nadie os será otorgada.
- D. DIEGO. ¿En quién tal braveza mora?
¿Quién me podrá resistir?,
que a todos meteré a fuego.
- JUEZ. Tened sosiego, don Diego;
don Diego, queréos oír.
- D. DIEGO. No hay que oír. ¡Afuera, afuera!
Afuera, gente retada!
¡Afuera, que con la espada
haré por todos carrera!
- A. GONZ. El cuarto quiero yo ser

y vengar tres hijos muertos.

D.^a URR. ¿Quién tan grandes desconciertos
te fuerza, padre, a hacer?

Deja tan dañado intento,
deja tan fiera intención;
ablándete mi pasión
y obliquete mi tormento.
Si nada puede mi ruego
contigo, con quien me escudo,
llévame a mí por escudo
en que hiera el cruel don Diego.

No me desampares, padre;
si de ti me veo dejar,
¿a quién me podré arrimar,
huérfana de padre y madre?

A. GONZ. No me detengáis, señora;
dejadme vengar la muerte
de mis hijos, de tal suerte
que muera o libre a Zamora.

D. DIEGO. Con vos y toda Zamora
quiero lidiar juntamente.

JUEZ. No podéis, ni se consiente
del fuero lidiar agora.
Vos del límite salistes,
y así no podéis lidiar;
que se ha de determinar
de los jueces que pusistes.

CID. Cese vuestra trabada diferencia,
dejad las voces y el plauso agora;

JUAN DE LA CUEVA

fin tenga aquí por hoy la competencia;
don Diego, íos al real, vos a Zamora.
Guardarse os ha justicia y la sentencia
de cuál parte es en esto vencedora
saldrá de nuestro acuerdo proveído
con rectitud, sin ser nadie ofendido.

- A. GONZ. ¡Oh injusto, oh fiero, oh riguroso hado!
¡Tan gran desdicha con mis ojos veo!
¿A tal extremo, triste, soy llegado
sin que muerte me haga su trofeo?
- D. DIEGO. ¿En qué pude ofenderte, Cielo airado,
que acabar no dejaste mi deseo
en que viese esta lid fiera acabada
con este brazo y esta fiera espada?





ARGUMENTO DE LA
CUARTA JORNADA

Juntos los jueces de Castilla y Zamora, después de muchas voces entre un JUEZ de Zamora y el CONDE DE CARRA, dan por sentencia que, por haber salido DON DIEGO ORDÓÑEZ de la señal, fuese libre Zamora, y la gloria del hecho atribuída a DON DIEGO ORDÓÑEZ; llegan con este acuerdo al muro de Zamora y, llamado ARIAS GONZALO, el CID le toma juramento y a DON DIEGO ORDÓÑEZ, que pasarán por la sentencia dada por ellos, júranelos ambos y así se lo notifican a los dos, y, despedido el JUEZ de Zamora, se va, dando fin a la comedia.

CID. Claros varones, yo querría que en esto fues'el acuerdo vuestro pronunciado de modo que acabase el cerco puesto y así el duro combate comenzado. El caso ya os es claro y manifiesto cómo don Diego en campo ha peleado con tres, y los ha muerto, y qu'el caballo por fuerza de la raya fué a sacallo.

Mandamos que la lid se detuviese y qu'el combate áspero cesase hasta tanto que aquí se proveyese

lo que ha de ser, y visto se mandase.
A don Diego hicimos que se fuese
al real y a Zamora se tornase
Arias Gonzalo, y esto proveído,
el parecer sobre este caso os pido.

JUEZ. Caudillo invicto de española gente,
sol de nuestra nación, terror del mundo,
¿qué parecer dará nadie al presente,
aguardándose el tuyo alto y profundo?
El mio, porque el bando diferente
m'envió por juez, será el segundo
oído el tuyo, y darse ha corte y modo
de suerte que se acabe con bien todo.

CID. Según el fuero que se guarda en esto,
por ley inviolable en nuestra España,
es que el que reta siempre esté en el puesto
si el contrario el lugar mesmo acompaña.
Mas vimos que don Diego salió desto
aunque no pierde nada su hazaña,
porque el caballo, viéndose herido,
huyó sin poder dél ser detenido.

Digo que me parece que le demos
gloria del alto hecho que ha emprendido,
y a Zamora por libre la dejemos
de la traición que cometió Vellido.

JUEZ. Los de Zamora no lo obedecemos,
porque don Diego el límite ha salido,
y pues salió, es vencido, y los retados
libres, y en su nobleza restaurados.

- C. DE C. Cuando a su culpa fuera atribuido
fuera razón, mas viste claramente
qu'el caballo huyó, y él, advertido,
se arrojó dél al suelo prestamente;
por donde es justa la razón que pido
y si no, dime tú qué ley consiente
que salga de Zamora y dentro viva
quien al Rey nuestro de la vida priva.
- JUEZ. Los de Zamora no supimos nada.
- C. DE C. Pues ¿quién lo recibió dentro en su muro?
- JUEZ. Una guarda fué en eso la culpada.
- C. DE C. ¿Qué ejemplo distes con castigo duro?
- JUEZ. Temimos la ciudad alborotada.
- C. DE C. Y eso al traidor lo hizo ser seguro.
- JUEZ. No hizo, qu'en prisión lo tienen puesto.
- C. DE C. ¡Buen recaudo en un mal tan manifiesto!
- CID. Zamorano juez, ya es demasía
repugnar lo que pido que se haga.
- JUEZ. Gran Cid, no es tan injusta mi porfía.
- CID. Si es, y ya es razón se satisfaga
con que podeis pagar la alevosía
que cometisteis.
- JUEZ. Eso no nos llaga.
- CID. ¿No?, pues tened por bien mudar de inten-
[to.
- JUEZ. ¿Qu'he de mudar si es ley la que sustento?
- CID. Yo quiero qu'esto acabe y tú no impidas
lo qu'es tan justo, y ven en lo que pido,
ques derecha justicia, si admitidas

son las leyes.

JUEZ. Por ellas soy regido.

CID. Si por ellas te riges, si entendidas
son de ti, serás de ellas concluído;
venza don Diego y librese Zamora,
que así restaura el nombre de traidora.

¿Quién está al muro? ¡Hola!, ¿ois de
[arriba?

A. GONZ. ¡Oh poderoso Cid, yo estó aguardando
el acuerdo de aquesta lid esquiva,
y el parecer en ello deseando.

CID. Arias Gonzalo ilustre, a quien no priva
el Cielo de valor tal, que mirando
el tuyo, iguala a todos los pasados
y presentes que son más celebrados.

La causa de Zamora ha sido vista
con ánimo tan puro cual conviene
para dar fin a la cruel conquista,
que con aqueste parecer lo tiene.
Es menester que cada cual desista
de su derecho, y porque bien se ordene
el nuestro, ambos nos juren al presente
de cumplir nuestro acuerdo llanamente.

A. GONZ. Yo, por la ley de noble caballero,
prometo y llamo al Cielo por testigo
en esto que pedís, y jurar quiero
y al mesmo Dios en su presencia digo
de cumplir llanamente y por entero
lo que acordastes, ora sea castigo,

ora sea perdón, y esto aseguro.

CID. ¿Y vos, don Diego?

D. DIEGO. Yo lo mismo juro.

CID. Claros varones, viendo la sangrienta
batalla entre don Diego, que ha retado
a Zamora, y teniendo bien en cuenta
todo lo que sobre ello ha resultado,
fallamos, por lo visto, que sea exenta
Zamora, y a don Diego le sea dado
nombre de vencedor, y así acordamos
lo dicho, y por acuerdo lo firmamos.

Y tú, a quien Zamora dignamente
envió a cobrar su clara fama,
te vuelve a tu reposo, qu'es decente
admitir el descanso que te llama;
que ya la pura luz que da el Oriente
nos falta, y por el mundo se derrama
la obscura sombra, y con aquesto iremos
a descansar y fin a todo demos.





LOPE DE RUEDA

I

Paso de LENO y TROYCO.

(Incluido en el coloquio pastoril de Tymbria.)

LENO.—¡ Ah, Troyco! ¿ Estás acá?

TROYCO.—Sí, hermano. ¿ Tú no lo ves?

LENO.—Más valiera que no.

TROYCO.—¿ Por qué, Leno?

LENO.—Porque no supieras una desgracia que ha sucedido harto poco ha.

TROYCO.—¿ Y qué ha sido la desgracia?

LENO.—¿ Qués hoy?

TROYCO.—Jueves.

LENO.—¿ Jueves? ¿ Cuánto le falta para ser martes?

TROYCO.—Antes le sobran dos días.

LENO.—Mucho es eso; mas dime: ¿ suele haber días aciagos, así como los martes?

TROYCO.—¿ Por qué lo dices?

LENO.—Pregunto porque también habrá hojaldras desgraciadas, pues hay jueves desgraciados.

TROYCO.—Creo que sí.

LENO.—Y ven acá; si te la hubiesen comido a ti

una en jueves, ¿en quién habría caído la desgracia, en la hodaldra o en ti?

TROYCO.—No hay duda sino que en mí.

LENO.—Pues, hermano Troyco, aconhortaos y comenzad a sufrir y ser paciente, que por los hombres, como dicen, suelen venir las desgracias y estas son cosas de Dios. En fin, y también, según orden de los días, os podríades vos morir y, como dicen, ya sería recomplida y allegada la hora postrimera recibido en paciencia y acordaos que mañana somos y hoy no.

TROYCO.—¡Válame Dios, Leno! ¿Es muerto alguno en casa, o cómo me consuelas así?

LENO.—¡Ojalá, Troyco!

TROYCO.—Pues ¿qué fué? ¿No lo dirás sin tantos circunloquios? ¿Para qué es tanto preámbulo?

LENO.—Cuando mi madre murió, para decírmelo el que me llevó la nueva me trajo más rodeos que tiene vueltas Pisuerga o Zapardiel.

TROYCO.—Pues yo ni tengo madre, ni la conocí, ni te entiendo.

LENO.—Huele este pañuelo.

TROYCO.—Y bien, ya está olido.

LENO.—¿A qué huele?

TROYCO.—A cosa de manteca.

LENO.—Pues bien puedes decir: "Aquí fué Troya."

TROYCO.—¿Cómo, Leno?

LENO.—Para ti me la habían dado; para ti la en-

viaba, revestida de piñones, la señora Tymbria; pero como yo soy, y lo sabe Dios y todo el mundo, allegado a lo bueno, en viéndola, así me hueron los ojos tras ella como milano tras pollera.

TROYCO.—¿Tras quién, traidor? ¿Tras Tymbria?

LENO.—Que no, ¡válame Dios!; que empapada te la enviaba de manteca y azúcar.

TROYCO.—¿La qué?

LENO.—La hojaldra; ¿no lo entiendes?

TROYCO.—¿Y quién me la enviaba?

LENO.—La señora Tymbria.

TROYCO.—Pues ¿qué la heciste?

LENO.—Consumióse.

TROYCO.—¿De qué?

LENO.—De ojo.

TROYCO.—¿Quién la ojeó?

LENO.—Yo, mal punto.

TROYCO.—¿De qué manera?

LENO.—Asentéme en el camino.

TROYCO.—¿Y qué más?

LENO.—Toméla en la mano.

TROYCO.—¿Y luego?

LENO.—Probé a qué sabía, y como por una banda y por otra estaba de dar y tomar, cuando por ella acordé ya no había memoria.

TROYCO.—En fin, que te la comiste.

LENO.—Podría ser.

TROYCO.—Por cierto que eres hombre de buen recado.

LENO.—¿A fe que te lo parezco? De aquí adelante, si trujese dos, me las comeré juntas para hacello mejor.

TROYCO.—¡Bueno va el negocio!

LENO.—Y bien reñido y con poca costa y a mi contento. Mas ven acá: ¿quiés que riamos un rato con Tymbria?

TROYCO.—¿De qué suerte?

LENO.—Puédesle hacer encreyente que la comiste tú, y como ella piense ques verdad, podremos después tú y yo reír acá de la burla, que reventará reyendo. ¿Qué más quiés?

TROYCO.—Bien me aconsejas.

LENO.—Agora, en fin, Dios bendijo los hombres acogidos a razón; pero, dime Troyco. ¿sabrás disimular con ella sin reírte?

TROYCO.—¿Y de qué me había de reír?

LENO.—¿No te parece ques manera de reír hacelle encreyente que tú te la comiste, habiéndosela comido tu amigo Leno?

TROYCO.—Dices sabiamente; mas calla; vete en buen hora, que yo quiero dar vueltas sobre aquestas lagunas, que podrá ser con el arco matar alguna caza con que a la noche nos holguemos.

LENO.—Eso me contenta. Di, Troyco: ¿quiés que le diga a la señora Tymbria que te haga otra un poquillo mayor que la traspuesta?

TROYCO.—Di lo que quisieres.

LENO.—¿Convidarme has a ella?

TEATRO ANTERIOR A LOPE DE VEGA

TROYCO.—¿Y a qué te tengo de convidar, si tú eres tan bien comedido que aun ver no me las dejas?

LENO.—¡Válame Dios! ¿Y cómo no sientes que comérmelas yo de buen comedimiento procede?

TROYCO.—Eso es verdad.

LENO.—Pues yo te prometo, si otra me encomendaren, de ser más bien comedido.

TROYCO.—¿Cómo, Leno?

LENO.—Que aun el olor donde me la dieren no te quedará allí si yo puedo.

TROYCO.—Hazlo así y vete con Dios.

LENO.—En fin, diréle allá que has almorzado muy a tu sabor.

TROYCO.—Bien puedes.

LENO.—Retozándome va la risa de la burla que le tenemos de hacer si sabes disimular.





II

Paso muy gracioso, en el cual se introducen tres personas:

LUQUITAS, *paje*. ALAMEDA, *simple*. SALCEDO, *amo*.

LUQUITAS.—Anda, anda, hermano Alameda.

ALAMEDA.—Que ya voy; ¡pardiez que me la he colado!

LUQUITAS.—¡Quen viendo una taberna te has de quedar aislado!

ALAMEDA.—Si me hace del ojo el ramo, ¿quieres tú que use con él de mala crianza?

LUQUITAS.—Acaba, anda: caminemos presto, que nos mucho que señor de mal sufrido que no piense que nos hemos ido de casa con el dinero.

ALAMEDA.—¿Que tanto te parece que hemos tardado?

LUQUITAS.—Mira, si no a tardamos un poquito más, podría ser que señor nos recibiera con lo que suele.

ALAMEDA.—¡Pardiez! Si tú no te detuvieras tanto en casa de aquélla, que buen siglo haya el álma que tan buen oficio lenseñó, allí me tuvieras de mi propia voluntad, con una cuerda de lana más amarra-

do que si estuviera por fuerza en el cepo de la casa fosca de Valencia.

LUQUITAS.—En casa de la buñolera querrás decir.

ALAMEDA.—¿Buñolera se llama aquella? ¡Oh, qué autorizado nombre, bendito Dios!

LUQUITAS.—Pues ¿tú no lo viste?

ALAMEDA.—Pardiez, hermano Lucas, no me curé de saber cómo se llamaba; basta que si Dios o mi buena dicha me llevase otra vez a la villa, que no le marre la casa, aunque vaya a gatas y con los ojos puestos tras el colodrillo.

LUQUITAS.—¿Comiste mejor cosa después que tu madre te parió?

ALAMEDA.—¡Pardiez, ni aun antes de que me pariera! Yo, como los vi tan autorizados y en aquel pratel, con aquella sobrehusa encima, no sabía qué cortesía les hiciese; quen cada uno dellos me quisiera estar larguísima hora y media; mas ¡cómo debían ser tus amigos y los debías de conocer de antes, que así menudeabas sobrellos como banda de gallinas sobre puñado de trigo!

LUQUITAS.—Sí, sí; que a ti te faltaba aliento.

ALAMEDA.—Eso fué, mal punto, cuando yo vi el preito que se sentenciaba contra mí, que de antes a fe que me hacías engollir sin mascar.

LUQUITAS.—Aquellos pasteles estaban mal cocidos y el suelo áspero; debía ser de puro afrecho.

ALAMEDA.—Qué, ¿suelos tenían?

LUQUITAS.—Sí; pues ¿no los viste?

ALAMEDA.—Yo juro a los güesos de mi bisagüela, la tuerta, que ni miré si tenían suelos ni suelas, ni an tejados; mas no digo yo que fuera de puro afrecho, como tú dices, mas de serraduras de corcho me lo comiera, que ni dejara alto ni bajo, pequeño ni grande. Holguéme, hermano Lucas, cuando te vi dar tras ellos tan a sabor, y como te ví que de rato en rato te ibas mejorando en jugar de colmillo, y como quedé escarmentado de aquellos redondillos, el pastel toméle a tajo abierto, de modo que hice que se desayunase mi estómago de cosa que jamás hombre de mi linaje había comido.

LUQUITAS.—Habías de comer primero el hojaldrado y después la carne, y así te supiera mejor.

ALAMEDA.—¿Y qué era hojaldrado?

LUQUITAS.—Aquello dencima.

ALAMEDA.—La tapa, querrás decir.

LUQUITAS.—Sí, hermano, la tapa y aquello de los lados.

ALAMEDA.—¡Válame Dios!, y qué de nombres sabes en cosas de comer.

LUQUITAS.—En fin, ¿hate supido bien el almuerzo?

ALAMEDA.—Mira qué tanto, que aunque nunca hubiéramos acabado, no me diera nada, según el almuerzo ha sido de autorizado. Mas por tu vida, hermano Lucas, ¿dirásme una verdad?

LUQUITAS.—Sí, si la sé.

ALAMEDA.—¿Por el alma de tus infuntos?

LUQUITAS.—¡Ea!, que sí diré.

ALAMEDA.—¿Por vida de tu madre?

LUQUITAS.—Acabemos.

ALAMEDA.—¿A cuánto llegó el gaudeamus de hoy?

LUQUITAS.—A más de veintidós maravedís.

ALAMEDA.—¡Qué bien te das a ello! ¡Bendita sea la madre que te parió, que tan bien te apañas a la sisa! Todo mochacho que sisa no puede dejar de ser muy honrado. Honrados días vivos, que honrado día me has dado.

LUQUITAS.—¡Oh! cata señor, do viene. Si te preguntare en qué nos hemos detenido, dirás que había mucha prisa en las cebollas y el queso.

ALAMEDA.—¿Cuáles cebollas o queso? Yo no vi tal.

LUQUITAS.—Que ya lo sé, sino porque no nos riña, echarás tú esa mentira.

ALAMEDA.—¿Quiés que mienta? En eso, mis manos por candil, no tienes necesidad de avisarme, que yo haré de manera que tú quedes condenado y señor con queja.

LUQUITAS.—Que no dices bien, sino que yo quede desculpado y señor sin queja.

ALAMEDA.—Así iba yo a decir, sino como quemaba tanto aquella pimienta de los pasteles, háseme turbiado la lengua.

LUQUITAS.—Pues, hermano Alameda, por tu vida que mires por la honra dentramos, pues te va tanto a ti como a mí.

ALAMEDA.—Calla, calla, que nos menester avisar-

me, que los hombres de bien y amigos de amigos tienen la cara con dos haces, que toda mi vida lo tuve no por sí, sí por no.

SALCEDO.—¡Oh, qué buena gentecilla!

ALAMEDA.—Garrote trae, riendo se viene, de buen tiempo allega... ¡Ah, ah!

SALCEDO.—¿De qué te ríes?

ALAMEDA.—¿No quiere vuesa merced que me ría? ¡Ah, ah!

SALCEDO.—Pues, señor, cuando haya acabado, merced recibiré que me avise.

ALAMEDA.—Ya, ya compiezo de acabar. ¡Ah, ah!

SALCEDO.—¿Habéis acabado, señor?

ALAMEDA.—Ya puede vuestra merced hablar.

SALCEDO.—¡Oh, bendito sea Dios!

ALAMEDA.—Espere, espere, que me ha quedado un poco. ¡Ah, ah!

SALCEDO.—¿Quédate más?

ALAMEDA.—No, señor.

SALCEDO.—Alabado sea aquel que os ha dejado aportar acá. ¿Y en qué ha sido la tardanza, galanes?

ALAMEDA.—¿Qué hora es, señor?

SALCEDO.—Ya me parece que pasa de hora de haber comido.

ALAMEDA.—¿Qué? ¿yan comido en casa?

SALCEDO.—¿Ya nos he dicho que sí?

ALAMEDA.—Reventado muera yo dese arte. ¿Páresecete bien, hermano Lucas, hacerme trocar una comida por un almuerzo? ¿Cuándo lo podré yo al-

canzar, aunque viva más que daquí al día de los meresientes?

SALCEDO.—¿No me decís en qué ha sido la tardanza? Vos, Lucas, ¿de qué huís? ¡Toma, toma, don rapaz! Tened cuenta de venir presto al mandado.

LUQUITAS.—¡Ay, ay, señor!, que había gran priesa en las cebollas y el queso; si no, dígalo Alameda.

SALCEDO.—¿Es verdad esto que dice Luquillas?

ALAMEDA.—Vuesa merced ha de saber que cuando al tiempo que vuesa merced y yo estaba...

SALCEDO.—¿Qué dices, villano? Toma tú también.

ALAMEDA.—Luquitas, en medio, en medio; yo juro a San que no ha sido hecho de hombres de pro. ¿Al mochacho con la mano y a mí con el garrote? No se sufre entre hombres de buena crianza.

SALCEDO.—Hora dejaos deso y decime la verdad: ¿en qué habéis tardado?

ALAMEDA.—¿Cómo me dijistes de antes, Luquillas?

LUQUITAS.—Que había gran priesa en las cebollas y el queso.

ALAMEDA.—¿Cuáles cebollas, ni queso? Yo no vi tal.

LUQUITAS.—Dilo tú así, porque no nos riña más.

ALAMEDA.—¡Ah! ¿Por eso es? Pues tú ten en cuenta que si me errase, de tirarme de la halda.

SALCEDO.—¿Qué conciertos son esos? Acabad, contádmelo vos.

ALAMEDA.—Yo lo empiezo de contar.

SALCEDO.—Pues acaba ya.

ALAMEDA.—Vuesa merced ha de saber... ¿Cómo empieza, Luquillas?

LUQUITAS.—Lo de las cebollas.

ALAMEDA.—Sí, señor; que como llegamos a la villa y fuimos a la praza y entró Luquillas y sentóse, y como había tantos pratos por allí, y había tantas cebollas en la prisa, como digo, señor, tantas cebollas en el queso...

SALCEDO.—¿Qué dices?

ALAMEDA.—Digo, señor, tantos quesos en las cebollas, parece ser que no nos pudo despachar más presto la buñolera... No, no; la pastelera quise decir.

LUQUITAS.—¡Mira el asno! Por decir la vendedora dijo la buñolera. Como todo acaba en a...

ALAMEDA.—Sí, sí, señor: como todo acaba en a, eso debe de ser. Dígame vuesa merced, ¿cómo se llama aquello que echan como arroje encima de unos redondillos?

SALCEDO.—La miel querrás decir.

ALAMEDA.—Qué, ¿miel se llama aquella? Pues en despegalla del prato se ha detenido más Luquillas que en todo.

LUQUITAS.—En verdad, señor, que miente.

ALAMEDA.—¿Que miento? ¡Juro a diez que habéis pecado! Llevaos ese pecadillo a cuestras. ¿Mentís a un hombre huérfano como yo?

LUQUITAS.—Mire vuesa merced: yo llegué a casa de la que vendía el queso, y de un real que le di ne-

gábame la vuelta, hasta que vino alguacil de la villa e hizo que me lo volviese.

ALAMEDA.—¿Alguacil era aquel que estaba a la boca del horno con la pala larga?

LUQUITAS.—A la boca de la calle, querrás decir.

ALAMEDA.—¿Aquella era boca de calle? ¡Juro a San que era boca de horno y tabla de pasteles!

SALCEDO.—Agora este negocio veo muy mal mañado y no puedo juzgar cuál de los dos tenga la culpa; mas tú que lo viste y tú que lo heciste, tanta pena meresce el uno como el otro.

LUQUITAS.—Sepa, señor, que Alameda entró delante.

ALAMEDA.—Es verdad, señor, que yo entré delante, mas ya llevaba el señor Luquillas la sisa repartida donde había de cuadrar lo uno y esquinar lo otro.

SALCEDO.—Baste, quentrambos me la pagaréis.

LUQUITAS.—Ce, Alameda, ce; oye acá.

ALAMEDA.—¿A mí ce?

LUQUITAS.—A ti; ya sabes que tú entraste delante en casa de la buñolera y comiste tanto como yo.

ALAMEDA.—Ya, ya; no me digas nada.

LUQUITAS.—Mira que somos amigos, y por tanto descúlrame con señor y di que lo dijiste por burla.

ALAMEDA.—Pierde cuidado, que yo te desculparé. Sepa, señor, que Luquillas es uno de los mayores sisonos del mundo, y que de un real sisa el medio.

SALCEDO.—Decime cómo pasó.

ALAMEDA.—Sepa vuesa merced que como él entró, yo yastaba allí, y púsose entre los platos, y tomó al tiempo que yo dije.

SALCEDO.—¿Qué miras, villano? ¿Por qué me diste?

ALAMEDA.—¡San Jorge, San Jorge!

SALCEDO.—¿Qué es eso? ¿Araña? ¡Mátala, mátala!

ALAMEDA.—Espere, señor, que allí se quedó.

SALCEDO.—¿Eh? Mírala.

ALAMEDA.—No, no, señor, que nos nada; la sombra de la oreja era; perdone vuesa merced.

SALCEDO.—Hora entrad acá dentro, que todo me lo pagaréis junto, como el perro los palos.

ALAMEDA.—Ofrezco al diablo pescuezo tan duro. ¡Amén, amén!, que ma lastimado la mano.

SALCEDO.—Pues ¿habíase de tomar así, señor?

ALAMEDA.—Con un ladrillo se matará mejor.

SALCEDO.—Así, pues, entrá.

ALAMEDA.—Vaya vuesa merced.

SALCEDO.—Pasad delante.

ALAMEDA.—¡Ande day, que me hará reír! Mejor beba yo que tal haga.

FIN





III

Paso muy gracioso, en el cual se introducen las personas siguientes:

CAMINANTE. LICENCIADO XÁQUIMA. BACHILLER
BRAZUELOS.

CAMINANTE.—Uno de los grandísimos trabajos que el hombre puede recibir en esta miserable vida es el caminar, y el superlativo faltalle los dineros. Dígolo esto porque se me ha ofrescido un cierto negocio en esta ciudad, y en el camino, por las muchas aguas, me han faltado los reales. No tengo otro remedio sino éste: que soy informado que vive en este pueblo un licenciado de mi tierra; ver con una carta que le traigo si puedo ser favorecido. Esta debe ser la posada. Llamar quiero: ¿quién está?

BACHILLER.—¿Quién llama? ¿Quién está?

CAMINANTE.—Si está, salga vuesa merced acá fuera.

BACHILLER.—¿Qué lo que manda?

CAMINANTE.—¿Sabrá darme vuesa merced razón de un señor licenciado?

BACHILLER.—No, señor.

CAMINANTE.—Pues déjeme decir: él es hombre

bajo, cargado de espaldas, barbinegro, natural de Burbáguena.

BACHILLER.—No le conozco. Diga, ¿cómo se llama?

CAMINANTE.—Señor, allá se llamaba el licenciado Cabestro.

BACHILLER.—Señor, en mi persona está uno que se hace nombrar el licenciado Xáquima.

CAMINANTE.—Señor, ese debe de ser, porque de cabestro a xáquima, harto parentesco me parece que hay. Llámeme.

BACHILLER.—Soy contento. ¡Ah, señor licenciado Xáquima!

LICENCIADO.—¿Llama vuesa merced, señor bachiller Brazuelos?

BACHILLER.—Sí, señor; salga vuesa merced acá afuera.

LICENCIADO.—Suplícole, señor, que me tenga por excusado, que ando metido en la fragancia del estudio y estoy en aquello que dice: *sicus adversus tempore, et quia bonus tempus est non ponitur illo.*

BACHILLER.—Salga, señor, questá aquí un señor de su tierra.

LICENCIADO.—¡Oh, váleme Dios! Señor Bachiller, ¿ha visto vuesa merced mi boncte?

BACHILLER.—Ahí quedó *super* Plinio.

LICENCIADO.—Señor Bachiller, ¿y mis plantufos de chamelote sin agua, halos visto?

BACHILLER.—Perequillo los llevó a echar unas sue-
las y capilladas, porque estaban mal tratadillos.

LICENCIADO.—Señor Bachiller, mi manteo ¿hale
visto?

BACHILLER.—Ahí le teníamos encima de la cama
esta noche en lugar de manta.

LICENCIADO.—Ya lo he hallado. ¿Qué es lo que
manda vuesa merced?

BACHILLER.—¿Agora sale con todo eso, a cabo de
dos horas que le estoy llamando! Aqueste señor le
busca, que dice que es de su tierra.

LICENCIADO.—¿De mi tierra? Sí, será, pues él lo
dice.

CAMINANTE.—¿No me conoce vuesa merced, señor
Licenciado?

LICENCIADO.—No le conozco en verdad si no es
para serville.

CAMINANTE.—¿No conoce vuesa merced un Jua-
nitico Gómez, hijo de Pero Gómez, que íbamos jun-
tos a la escuela y hecimos aquella farza de los Gi-
gantillos?

LICENCIADO.—Ansí, ansí; ¿es vuesa merced hijo
de un tripero?

CAMINANTE.—Que no, señor; ¿no se le acuerda a
vuesa merced que mi madre y la suya vendían rá-
banos y coles allá en el arrabal de Santiago?

LICENCIADO.—¿Rábanos y coles? Rasos y colcho-
nes quiso decir vuesa merced.

CAMINANTE.—Sea lo que mandare; mas ¿a fe que no me conoce?

LICENCIADO.—Ya, ya caigo en la cuenta; qué ¿no es vuesa merced el mochacho que hizo la moceta, aquel bellaquillo, aquel de las calcillas coloradas?

CAMINANTE.—Sí, señor; yo soy ése.

LICENCIADO.—¡Oh, señor Joan Gómez! Señor Bachiller, una silla. Periquillo, rapaz, una silla.

CAMINANTE.—Que nos dé menester, señor.

LICENCIADO.—¡Oh, señor Joan Gómez, abráceme! ¿Y dióle alguna cosa que me trujese mi madre?

CAMINANTE.—Sí, señor.

LICENCIADO.—Tórneme a abrazar, señor Joan Gómez. ¿Qué es lo que le dió? ¿Es cosa de importancia?

CAMINANTE.—¡Y pues no!

LICENCIADO.—¡Oh, señor Joan Gómez!, él sea muy bien venido. Amuestre lo ques.

CAMINANTE.—Es, señor, una carta que me rogó que le trujese.

LICENCIADO.—¿Carta, señor? ¿Y dióle algunos dineros la señora mi madre?

CAMINANTE.—No, señor.

LICENCIADO.—Pues ¿para qué quería yo carta sin dinero? Agora, señor Joan Gómez, hágame tan señalada merced de venirse a comer con nosotros.

CAMINANTE.—Señor, beso las manos de vuesa merced; en la posada lo dejo aparejado.

LICENCIADO.—Hágame este placer.

CAMINANTE.—Señor, por no ser importuno, yo haré

su mandamiento y de camino me traeré la carta, que dejé encomendada al mesonero.

LICENCIADO.—Pues vaya.

CAMINANTE.—Beso sus manos.

LICENCIADO.—¿Qué le parece, señor Bachiller Brazuelos, deste nuestro convidado?

BACHILLER.—Muy bien, señor.

LICENCIADO.—A mí no, señor; sino muy mal.

BACHILLER.—¿Por qué, señor?

LICENCIADO.—Porque yo, para convidalle, ni tengo blanca, ni bocado de pan, ni cosa, ofrézcola a Dios, que de comer sea, y, por tanto, querría suplicar a vuesa merced que vuesa merced me hiciera merced de me hacer merced, pues estas mercedes se juntan con esotras mercedes que vuesa merced suele hacer, me hiciese merced de prestarme dos reales.

BACHILLER.—¿Dos reales, señor Licenciado? ¿Saca burla del tiempo? ¿Sabe vuesa merced que traigo este andrajo en la cabeza por estar mi bonete empeñado por seis dineros de vino en la taberna, y pídemme dos reales?

LICENCIADO.—¿Pues no me haría vuesa merced una merced de pensar una burla en que se fuese este convidado con todos los diablos?

BACHILLER.—¿Burla dice? Déjeme a mí el cargo, que yo le haré una que vaya diciendo que vuesa merced es muy honrado y muy cabido con todos.

LICENCIADO.—¿Así? ¿De qué manera lo hará vuesa merced?

BACHILLER.—Mire vuesa merced: él ha de venir agora a comer; vuesa merced se meterá debajo de esa manta, y en venir luego preguntará: ¿Qués del señor Licenciado? Yo le diré: El señor Arzobispo le ha enviado a publicar ciertas buldas, que fué negocio de presto, que no se pudo hacer otra cosa.

LICENCIADO.—¡Oh, cómo dice bien vuesa merced! Pues mire que pienso ques el que llama.

CAMINANTE.—¡Ah de casa!

BACHILLER.—Sí, él es; métase de presto!

LICENCIADO.—Mire que me cobije bien, que no me vea.

CAMINANTE.—¡Ah de casa!

BACHILLER.—¿Quién estay? ¿Quién llama?

CAMINANTE.—¿Está en casa el señor Licenciado?

BACHILLER.—¿A quién busca?

CAMINANTE.—Al señor licenciado Xáquima.

BACHILLER.—¿A comer pienso que verná vuesa merced?

CAMINANTE.—No vengo, por cierto, señor.

BACHILLER.—¡Picadillo debe de traer el molino!

CAMINANTE.—No traigo, en verdad.

BACHILLER.—No lo niegue vuesa merced, que para decir que viene a comer ¿es menester tantas retóricas?

CAMINANTE.—Verdad es que venía a comer, quel señor Licenciado me había convidado.

BACHILLER.—Pues certíficole que tiene vuesa mer-

ced muy mal recado desta vez, porque en casa no hay blanca, ni bocado de pan para convidalle.

CAMINANTE.—Pues no creo yo que el señor Licenciado sacara burla de mí.

BACHILLER.—¿Qué no me cree vuesa merced? Pues sepa que de puro corrido está puesto debajo de aquella manta.

CAMINANTE.—No lo creo si con mis ojos no lo viese.

BACHILLER.—¿Qué no? Pues mire vuesa merced cuán contrito está arrodillado.

CAMINANTE.—¡Jesús, Jesús, señor Licenciado! ¿Para mí era de menester tantos negocios?

LICENCIADO.—Juro a diez, que ha sido muy bellaquísimamente hecho.

BACHILLER.—No ha estado sino muy bien.

LICENCIADO.—No ha estado sino de muy grandísimos bellacos; que si yo me escondí, vos me lo mandastes.

BACHILLER.—Nos escondiérades vos.

LICENCIADO.—No me lo mandárades vos, y agradesceldo al señor de mi tierra, don Bachillerejo de no nada.

BACHILLER.—¿De no nada? Aguardá.

CAMINANTE.—¡Id con todos los diablos! Allá os averigüad vosotros mesmos.



IV

Paso muy gracioso, en el cual se introducen las personas siguientes:

TORUVIO, *simple, viejo*. AGUEDA DE TORUÉGANO, *su mujer*. MENCIGÜELA, *su hija*. ALOXA, *vecino*.

TORUVIO.—¡Válame Dios y qué tempestad ha hecho desde el requebrajo del monte acá, que no parecía sino que el cielo se quería hundir y las nubes venir abajo! Pues decí agora: ¿qué os terná aparejado de comer la señora de mi mujer? ¡Así mala rabia la mate!—¿Oíslo? ¡Mochacha, Mencigüela! Si todos duermen en Zamora.—¡Agueda de Toruécano! ¿Oíslo?

MENCIGÜELA.—¡Jesús, padre! ¿Y habéisnos de quebrar las puertas?

TORUVIO.—¡Mirá qué pico, mirá qué pico! ¿Y adónde está vuestra madre, señora?

MENCIGÜELA.—Allá está, en casa de la vecina, que le ha ido ayudar a coser unas madejillas.

TORUVIO.—¡Malas madejillas vengan por ella y por vos! Andad y llamalda.

AGUEDA.—Ya, ya, el de los misterios; ya viene de hacer una negra carguilla de leña, que no hay quien se averigüe con él.

TORUVIO.—Sí; ¿carguilla de leña le parece a la señora? Juro al cielo de Dios que éramos yo y vuestro ahijado a cargalla y no podíamos.

AGUEDA.—Ya, noramala sea, marido, ¡y qué mojado que venís!

TORUVIO.—Vengo hecho una sopa dagua. Mujer, por vida vuestra, que me deis algo que cenar.

AGUEDA.—¿Yo qué diablos os tengo de dar, si no tengo cosa ninguna?

MENCIGÜELA.—¡Jesús, padre, y qué mojada que venía aquella leña!

TORUVIO.—Sí, después dirá tu madre ques el alba.

AGUEDA.—Corre, mochacha, adrézale un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama. Yos aseguro, marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas que rogué que plantásedes.

TORUVIO.—¿Pues en qué me he detenido sino en plantalle como me rogastes?

AGUEDA.—Callad, marido, ¿y adónde lo plantastes?

TORUVIO.—Allí, junto a la higuera breval, adonde, si se os acuerda, os di un beso.

MENCIGÜELA.—Padre, bien puede entrar a cenar, que ya está adrezado todo.

AGUEDA.—Marido, ¿no sabéis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantastes hoy, que de aquí a seis o siete años llevará cuatro o cinco hanegas de aceitunas, y que poniendo plantas acá

y plantas acullá, de aquí a veinticinco o treinta años, ternéis un olivar hecho y drecho.

TORUVIO.—Eso es la verdad, mujer, que no puede dejar de ser lindo.

AGUEDA.—Mirá, marido; ¿sabéis qué he pensado? Que yo cogeré la aceituna y vos la acarrearéis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la plaza. Y mira, mochacha, que te mando que no me des menos el celemín de a dos reales castellanos.

TORUVIO.—¿Cómo a dos reales castellanos? ¿No veis que cargo de conciencia y nos llevará al asmotazen cadaldía la pena, que basta pedir a catorce o quince dineros por celemín?

AGUEDA.—Callad, marido, que el veduño de la casta de los de Córdoba.

TORUVIO.—Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

AGUEDA.—Ora no me quebréis la cabeza. Mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemín de a dos reales castellanos.

TORUVIO.—¿Cómo a dos reales castellanos? Ven acá mochacha, ¿a cómo has de pedir?

MENCIGÜELA.—A como quisiéredes, padre.

TORUVIO.—A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA.—Así lo haré, padre.

AGUEDA.—¿Cómo “así lo haré, padre”? Ven acá, mochacha, ¿a cómo has de pedir?

MENCIGÜELA.—A como mandáredes, madre.

AGUEDA.—A dos reales castellanos.



"MENCIGÜELA.—Así lo haré, padre."

TORUVIO.—¿Cómo a dos reales castellanos? Yo prometo que si no hacéis lo que yo mando, que os tengo de dar más de doscientos correonazos. ¿A cómo has de pedir?

MENCIGÜELA.—A como decis vos, padre.

TORUVIO.—A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA.—Así lo haré, padre.

AGUEDA.—¿Cómo "así lo haré, padre"? Tomá, tomá, hacé lo que yo mando.

TORUVIO.—Dejad la mochacha.

MENCIGÜELA.—¡Ay, madre; ay, padre, que me mata!

ALONA.—¿Qué es esto, vecinos? ¿Por qué maltratáis así la mochacha?

AGUEDA.—¡Ay, señor! Este mal hombre que me quiere dar las cosas a menos precio y quiere echar a perder mi casa; ¡unas aceitunas que son como nueces!

TORUVIO.—Yo juro a los huesos de mi linaje que no son ni aun como piñones.

AGUEDA.—Sí son.

TORUVIO.—No son.

ALONA.—Ora, señora vecina; haceme tamaño placer que os entreis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

AGUEDA.—Averigüe o póngase todo del quebranto.

ALONA.—Señor vecino. ¿qué son de las aceitunas? Sacaldas acá fuera, que yo las compraré, aunque sean veinte hanegas.

TORUVIO.—Que no, señor; que no es desá manera que vuesa merced se piensa, que no están las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad.

ALOXÁ.—Pues traedlas aquí, que vos las compraré todas al precio que justo fuere.

MENCIGÜELA.—A dos reales quiere mi madre que se vendan el celemin.

ALOXÁ.—Cara cosa es esa.

TORUVIO.—¿No le parece a vuesa merced?

MENCIGÜELA.—Y mi padre a quince dineros.

ALOXÁ.—Tenga yo una muestra dellas.

TORUVIO.—¡Válame Dios, señor! Vuesa merced no me quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi mujer que de aquí a seis o siete años llevará cuatro o cinco hanegas de aceituna, y quella la cogería, y que yo la acarrease, y la mochacha la vendiese, y que a fuerza de drecho había de pedir a dos reales por cada celemin; yo que no y ella que sí, y sobre esto ha sido la quistión.

ALOXÁ.—¡Oh, qué graciosa quistión! Nunca tal se ha visto. Las aceitunas no están plantadas y ¿ha llevado la mochacha tarea sobre ellas?

MENCIGÜELA.—¿Qué le parece, señor?

TORUVIO.—No llores, rapaza. La mochacha, señor, es como un oro. Ora andad, hija, y ponedme la mesa que vos prometo de hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.

ALOXÁ.—Ahora, andad vecino, entraos allá adentro y tened paz con vuestra mujer.

TEATRO ANTERIOR A LOPE DE VEGA

TORUVIO.—Adiós, señor.

ALOXÁ.—Ora por cierto; ; qué cosas vemos en esta vida que ponen espanto! Las aceitunas no están plantadas, ya las habemos visto reñidas. Razón será que dé fin a mi embajada.

FIN





V

Paso de Rodrigo del Toro, simple, descoso de casarse; es paso muy regocijado e introdúcense en él las personas siguientes:

GUTIÉRREZ DE SANTIBÁÑEZ, lacayo mozo. INESA LÓPEZ, fregona. MARGARITA, fregona, ques IBÁÑEZ. RODRIGO DEL TORO, simple. SALMERÓN, amo del simple.

GUTIÉRREZ.—¿Hay en el mundo un hombre más desdichado que yo, que todo parece que se me deshace y añubla entre manos? ¿Queréis ver que tanto que Luisa del Palomar, criada de Illescas, el bodegonero, me tenía en palmas y me hacía tales servicios cual a mi persona pertenecía, y no sé cómo se me desaparecida? Creo que algún bellaco y embaidor me lancantusado. Pues no sería yo Gutiérrez de Santibáñez, hijo de Buscavida, el de Segovia, si no me supiera dar maña a buscar otra semejante. Aquí me quiero poner en esta esquina a ver destas que van y vienen a la plaza si me querrá creer alguna dellas.

INESA.—¡Jesús! ¡Con tanto mandar como hay en

esta casa! Para mí creo que se inventó el fregar; para mí el barrer; para mí el lavar y cerner. Mi signo o planeta pienso que lo causa, pues otras hay que no son para descalzarme el zapato y viven más descansadamente que yo. ¿Tan desastrada tengo de ser que no haya quien me diga: "perra, ¿qué haces ahí?" Pues a mí ¿qué me falta? Yo soy hermosa y de buen gesto, la boca como un piñoncito y algo risueña; y, sobre todo, buen pico, ques to mejor. No tengo sino una tacha: que soy un poco bajuela y no se me da nada, porque la mujer ha de ser como el ovillo y el hombre como novillo.

GUTIÉRREZ.—A pelo me viene este negocio; creo que ha topado Marta con sus pollos. Ora, ¡sus!, ayuda ventura; acude, vena. —¡Oh mi señora Inesa López! ¿Tan buen encuentro por acá?

INESA.—El buen encuentro, señor Gutiérrez de Santibáñez, téngolo yo en topar con vuestra merced.

GUTIÉRREZ.—Buena está la burla. Ya veo que naturalmente todas las mujeres tienen allá sus burlas concertadas, en especial las que son hermosas, como vuestra merced.

INESA.—Señor Santibáñez, dejemos aparte tan extraños encarescimientos y dígame: ¿qué buen viento le trae por acá?

GUTIÉRREZ.—Señora, lo que al presente se me ofresce es que Rodrigo del Toro, criado de nuestro vecino Salmerón, tengo entendido que le envía su

amo con un presente de confitura a cierto monesterio de monjas; ordenarémole una trampa para gozar della.

INESA.—¿Y será...?

GUTIÉRREZ.—Que me tiene tan molido y molestad sobre que le case, que no tengo otro remedio por echalle de mí sino conceder con lo que me dice. He pensado agora, si vuestra merced será servida, en que gocemos de la colación y riamos un rato; daréle a entender que ella es contenta de casarse con él.

INESA.—Diabólico sois, señor Gutiérrez, para sastre. Pero yo no querría entre burla y burla quedarme casada y en demás con un insensato como éste.

GUTIÉRREZ.—Que no, señora; eso sería quitarme yo mesmo el pan de las manos. Esto ¿no ve que no ha de pasar más de cuanto burlar un poco con él? Porque yo no haré sino tomalle la colación dentre manos, diciendo que ha de servir para los desposorios y entrarme con ella diciendo que lo vo a poner entre unos platos.

INESA.—¿Yo qué tengo de hacer en ese intermedio?

GUTIÉRREZ.—Detenelle a razones requebrándote con él. Yo entre tanto vestirme he unas ropas de mujer y saldré diciendo que se ha prometido conmigo, y vuestra merced dirá lo mesmo, y desta suerte iremos un poco, y despedidos dél, comernos hemos la colación de reposo.

INESA.—Muy bien me parece.

GUTIÉRREZ.—Ora ; sus!, concedé con lo que dije; que veisle aquí adó asoma.

(*Entra RODRIGO DEL TORO.*)

RODRIGO.—No estaría más en esta casa si me lo mandasen los niños de la doctrina; que un mozallón como yo, con sus barbas y aparejo y muerto de hambre a las horas del comer, le envían con mandados de monjas por esas calles.

GUTIÉRREZ.—¡Oh hermano Rodrigo del Toro! ¿Dó bueno?

RODRIGO.—¡Oh señor Santibáñez!

GUTIÉRREZ.—*Servitorem tibi domini mihi.*

RODRIGO.—¡La mala cabra que os parió! ¿Por qué me habráis en atún? Pardiez que os la sampe.

GUTIÉRREZ.—*Tacete.*

RODRIGO.—¡Ta, ta! ¿Los asnos habran en latín? Llegar quiere la fin del mundo.

GUTIÉRREZ.—Callad; ahí viene el hombre por vuestro provecho. ¿Y estáis diciendo mil necedades?

RODRIGO.—Por vida de vuestra merced, ¿qués mi provecho?

GUTIÉRREZ.—Sí, de verdad.

RODRIGO.—Dígame, ¿qué es el aprovechamiento?

GUTIÉRREZ.—Sabed que la moza que os dije el otro día está presta y aparejada para casarse con vos.

RODRIGO.—¿Que no miente?

GUTIÉRREZ.—Que no miento, que veisla allí do está.

RODRIGO.—¡Pardiez, que me está mirando!

GUTIÉRREZ.—¡Oh, tiene muy lindos ojos!

RODRIGO.—Pienso que se burla, que no debe de ser aquélla.

GUTIÉRREZ.—Dígoos que es ella.

RODRIGO.—Y qué, ¿me quiere?

GUTIÉRREZ.—Más que a sus ojos.

RODRIGO.—Pues, hermano Santibáñez, cásame, así os vea yo hecho de piedra mármol.

GUTIÉRREZ.—Aguarda y llamarla he. —¡Ah, señora Inesa!

RODRIGO.—¿Inesa se llama? ¡Oh, qué autorizado nombre! Luego me llamarán a mí señor Ineso acá, señor Ineso acullá.

INESA.—Señor mío...

GUTIÉRREZ.—Veis aquí a Rodrigo del Toro. ¿Sois contenta de casaros con él?

INESA.—Señor, sí.

GUTIÉRREZ.—¡Oh, y qué sí tan sabroso se lo soltó!

INESA.—Pero falta lo mejor, y sería de parescer que lo dejáramos para otro día.

GUTIÉRREZ.—¿Cómo? ¿Qué lo que falta?

INESA.—Señor, la colación.

GUTIÉRREZ.—Pues para eso muy buen remedio; esta confitura que trae aquí Rodrigo servirá de colación y él que cumpla con su amo con una mentira o lo que quiera.

RODRIGO.—Sí, sí; más va en que yo me case, y a mi amo la mala cabra que le parió.

GUTIÉRREZ.—Decís muy bien. Mostradme acá lo que traéis y entraré allá dentro a ponello entre dos platos y traeré de camino un clérigo que tenga potestad de desposaros.

RODRIGO.—Escuche vuestra merced: mire que sea eso de presto, antes que la novia sensañe.

GUTIÉRREZ.—No hará. Vos entre tanto decidle algunos requiebros amorosos.

RODRIGO.—Desto pierda cuidado vuestra merced y vaya con Dios.

INESA.—Agora, ¿qué dice vuestra merced?

RODRIGO.—Eso digo yo, ¿qué dice ella?

INESA.—Yo digo que nos sentemos.

RODRIGO.—Sentémonos en buen hora.

INESA.—Pues siéntese, señor.

RODRIGO.—No lo haré porque estoy romarizado.

INESA.—Acaba ya.

RODRIGO.—No seré yo tan mal criado.

INESA.—Déjese deso.

RODRIGO.—Mejor me ayude Dios que tal haga; las desposadas se han de asentar primero.

INESA.—No, sino los desposados.

RODRIGO.—Ora sentémonos a una.

INESA.—Vuélvase de cara.

RODRIGO.—Tengo vergüenza.

INESA.—¡Oh, señor Rodrigo; cuán dichoso día ha sido éste para mí!

RODRIGO.—Por eso hace tan buen aire.

INESA.—Ventura ha sido grande la mía en quererme recibir por esposa.

RODRIGO.—Débelo de causar que me lavé la cara.

INESA.—Solamente la plática de vuestra merced basta a enamorar a quienquiera.

RODRIGO.—Eso es porque duermo descalzo y cortadas las uñas.

INESA.—¿Ha tenido gana de casarse?

RODRIGO.—Muchísimo, señora.

INESA.—Pues ora ya son cumplidos sus deseos.

RODRIGO.—No, no, hasta que venga la colación.

INESA.—Ora diga vuestra merced.

RODRIGO.—Qué, ¿ya es mi tanda?

INESA.—Sí, señor.

RODRIGO.—Pues aguardé, ya va. A fe, señora, que si yo la tomase, que la tomaría.

INESA.—Bien lo creo.

GUTIÉRREZ.—¡Ah, don traidor! ¿Parésceos bien estaros requebrando en medio de la calle las mujeres?

INESA.—Id vuestro camino, buena mujer, y no vengáis a descasar las mujeres honradas.

GUTIÉRREZ.—¿Cómo a descasar? Venid acá, mal hombre: ¿podéisme vos negar que me disteis palabra en el vientre de vuestra madre de ser mi marido?

RODRIGO.—No, no; eso no lo puedo negar.

INESA.—¿Qué es esto? ¿Nos casastes vos agora conmigo?

RODRIGO.—Es la verdad, no lo niego.

GUTIÉRREZ.—¿Verdad? Por cierto que no lo llevaréis.

INESA.—Ni vos tampoco, por bien que tiréis.

RODRIGO.—Ea, mochachas, no me desgoncéis.

GUTIÉRREZ.—Dejaos ya de porfiar.

INESA.—Yo le tengo que llevar.

RODRIGO.—¡Válgaos el diablo, que no me quiero casar!

SALMERÓN.—Gran rato ha que envié a Rodrigo del Toro, mi criado, con cierto presente a un monesterio de monjas, y no va ni viene. Mas ¿qués esto? Aquí le veo revuelto entre estas mujeres.—¿Qué haces, Rodrigo?

RODRIGO.—Señor, cásome.

SALMERÓN.—¿Que te casas, acemilazo? ¿No ves que no puede ser, que tu padre te tiene ofrecido para la Iglesia?

RODRIGO.—Dice verdad, que tengo de ser canónigo. Mocetas, vuestro gozo en el pozo y perdoná.

SALMERÓN.—Venid acá, señoras; ¿no me diréis qué ha sido esto de mi criado?

GUTIÉRREZ.—Señor, ha de saber vuestra merced que yo soy destas que venden menudo en la plaza.

RODRIGO.—Sí, sí, destas que aparejan tripicallo.

GUTIÉRREZ.—Y este otro día pasó su criado por allí y paróseme delante, y a la sazón sacaba una morcilla y él, hiriéndola de ojo, le dije: "Hermano, ¿qué me dariades vos que os hartase dellas?" Res-

pondióme: "Pardiez, que me casase con vos"; y así le harté, y por esta razón es mi marido.

SALMERÓN.—Y vos, señora, ¿qué decís?

INESA.—Señor, yo soy destas que venden molletes, y estotro día pasó su criado por mi tienda y paróse-los a mirar la boca abierta de un palmo. Dijele yo: "¿Qué me daríades vos que os hartase dellos?" Respondióme: "Juri a San, que me casase con vos"; y así hartéle dellos, y por esta causa es mi marido.

SALMERÓN.—Pues ven acá, animal: ¿tan grande asno has de ser que por molletes y menudo te me has de ir casando?

RODRIGO.—Así viva el diablo: mire vuestra merced: tal ando yo, que si vuestra merced me hartara de molletes y menudo, con él me casara.

SALMERÓN.—Ora, ¡sus! Salga a luz este negocio. Ven acá tú: ¿acuérdaste del menudo?

RODRIGO.—Sí, señor.

SALMERÓN.—¿Y de la palabra?

RODRIGO.—*Negaverunt.*

SALMERÓN.—¡Buena pascua te dé Dios, hijo mío! ¿De los molletes acuérdaste?

RODRIGO.—Sí, señor.

SALMERÓN.—¿Y de la palabra?

RODRIGO.—También.

SALMERÓN.—Ansi, pues, desta manera tienes obligación de casarte aquí con la señora.

RODRIGO.—¿A qué prepuésito?

SALMERÓN.—Porque le has dado palabra de casamiento.

RODRIGO.—Cuantis que desa manera tanta obligación tiene vuesa merced de casarse con entramas.

SALMERÓN.—¿Por qué causa?

RODRIGO.—¿No ha oído decir vuestra merced “quien quita la causa quita el pecado”?

SALMERÓN.—¿A qué fin dices esto?

RODRIGO.—Porque si vuestra merced me tuviera a mí harto de molletes y menudo, no me anduviera yo casando por cada rincón.

SALMERÓN.—No sé; bien entrelazado te veo.

RODRIGO.—¿Quiere que me desentrelace?

SALMERÓN.—Yo bien querría.

RODRIGO.—Enséñeme acá ese garrote y verá lo que pasa. ¡Ah, señora del menudo!

GUTIÉRREZ.—¡Señor de mi alma!

RODRIGO.—¿Vos queréis os casar conmigo?

GUTIÉRREZ.—Sí, señor.

RODRIGO.—Pues vos que me queréis no me llevaréis.

GUTIÉRREZ.—¿Por qué no?

RODRIGO.—Porque sí, porque no, la mala cabra que os parió: casar y descompadrar cada una con su igual; llevaos eso en las espaldas.—¿Qué le parece a vuestra merced cómo me voy descasando?

SALMERÓN.—Muy bien me parece.

RODRIGO.—Pues calle, que para todos habrá. — ¡Ah, señora molletera!

INESA.—¡Lumbre de mis ojos!

RODRIGO.—Mirá: la mujer no la quiere gorda, ni rota, ni saltaritota, ni ventanera, ni callejera, y tirá por alí fuera, porque *casamentorum tuorum per omnia secula seculorum*.

SALMERÓN.—Por mi vida, que lo haces muy bien.

RODRIGO.—Yo soy hombre sópito y determinado. Mire vuestra merced: la primera mujer que tuve era dada a los diabros, y en enojándome con ella, no hacia sino cogella de un brazo y dalle desta manera: "Cípite y zápete."





INDICE

JUAN DEL ENCINA: <i>Eglogas</i>	5
TORRES NAHARRO: <i>Comedia soldadesca</i>	25
GIL VICENTE: <i>Auto da Sibilla Cassandra</i>	65
JUAN DE LA CUEVA: <i>Comedia de la muerte del Rey don Sancho y reto de Zamora por don Diego Ordóñez</i>	113
LOPE DE RUEDA.....	151



